



JOHN
OWEN

LA MORTIFICACIÓN DEL PECADO

Lo que cada creyente debería saber sobre la mortificación del pecado. Este libro es un resumen de la obra del puritano John Owen publicado por primera vez en 1656 y titulada en inglés, "On Mortification of Sin". © Publicaciones Faro de Gracia P.O. Box 1043. Graham, NC 27253. USA. First Edition, printed in USA, 1999 Second Edition. 2001.

Publicado por: Publicaciones Faro de Gracia P.O. Box 1043. Graham, NC 27253. USA. ISBN 1-928980-09-0. Este libro fue traducido de una versión abreviada en inglés titulada: "Lo Que Todo Creyente Necesita Saber Sobre la Mortificación del Pecado" publicado por Grace



Publications Trust y en su versión original en inglés por Banner of Truth Trust.

El título de la versión original en inglés es: "Sobre la Mortificación del Pecado". Agradecemos el permiso y la ayuda brindada por Grace Baptist Mission (139 Grosvenor Ave. London N52NH England) y Banner of Truth (3 Murrayfield Road, Edinburgh, EH126EL) para traducir e imprimir este libro al español. Traducción realizada por Omar Ibáñez Negrete y Thomas R. Montgomery.

© 1995. Derechos Reservados para la traducción al español. Printed in United States of America by Providence Press, Greenville, SC.

CAPÍTULO 1: LA PROMESA DE DIOS Y EL DEBER DEL CREYENTE

// Porque si viviereis conforme á la carne, moriréis; mas si por el espíritu mortificáis las obras de la carne, viviréis" (Romanos 8: 13)

En este texto el apóstol Pablo confronta a sus lectores con dos caminos de vida posibles: El primero es "si viviereis conforme a la carne moriréis". La otra alternativa es "si por el espíritu mortificáis las obras de la carne, viviréis". El propósito de este libro es estudiar el segundo de estos dos caminos de vida.

Comenzaremos nuestro estudio examinando las cinco frases que componen nuestro texto:

Primeramente, el texto comienza con la palabra "si".

Pablo usa este "si" para indicar la conexión entre la mortificación de las obras de la carne y la vida. Esto es como decir a un hombre enfermo: "Si tomas la medicina, pronto te sentirás mejor". Al hombre enfermo se le está prometiendo un mejoramiento en su salud, a condición de que siga las indicaciones que se le dan. En una manera semejante el "si" de nuestro texto nos dice que Dios ha señalado "la mortificación de las obras de la carne" como el medio infalible para alcanzar "la vida". Existe una relación inquebrantable entre la verdadera mortificación del pecado y la vida eterna. "Si... mortificáis las obras de la carne, viviréis". Aquí está entonces el motivo para obedecer el deber que Pablo prescribe.¹

¹ Nota del traductor: Muchos se han preguntado si Pablo está diciendo en este texto, que la vida eterna depende de la mortificación del pecado. La respuesta es que sí y que no. En primer lugar, la respuesta es que no, porque esto sería salvación por obras. Pablo no contradice aquí lo que el mismo enseñó en muchos otros textos que afirman que la salvación es solo por la gracia. Entonces, ¿Porqué plantea el apóstol la importancia de la mortificación en estos términos? o en otras palabras, ¿En cuál sentido podemos contestar sí a esta pregunta? Daremos tres respuestas: Primero, porque todos aquellos que viven conforme a la carne, no son realmente creyentes. Los creyentes verdaderos ya no están bajo el dominio y el control del pecado (la carne) y el apóstol afirmó este punto en los versículos anteriores (vea Rom. 8:8-9). Las características de aquellos que están en la carne indican claramente que son personas no regeneradas. Esas características son mencionadas en los versículos 5 a 7 de este mismo capítulo e incluyen: La enemistad contra Dios, el rechazo de la ley de

Segundo, la palabra "vosotros" nos dice a quienes este deber y promesa tiene aplicación.

"Vosotros" se refiere a los creyentes descritos en el primer versículo como "los que están en Cristo Jesús". Se refiere a aquellos que "no estáis en la carne, sino en el espíritu" (vers. 9). Se refiere a aquellos en quienes mora el Espíritu (vers. 10-11). Es tonto e ignorante esperar que alguien que no sea un creyente verdadero, cumpla con este deber. Si pensamos cuidadosamente acerca de a quienes Pablo está escribiendo y qué es lo que les dice que hagan, podemos hacer la siguiente declaración: Los creyentes verdaderos, quienes definitivamente son libres del poder condenatorio del pecado (y de su esclavitud), no obstante, deben ocuparse a lo largo de sus vidas con la mortificación del poder del pecado que todavía permanece en ellos.

Dios, el deseo de vivir separados de Dios y el deseo dominante de agradar su naturaleza carnal, en lugar de agradar a Dios. Es debido a esto que tenemos que afirmar, que todos los supuestos "creyentes carnales" son en realidad personas inconversas que irán al infierno. Segundo, cuando Pablo dice "si viviereis conforme a la carne moriréis", está haciendo una declaración general. Es como si dijera, todos aquellos que meten su dedo al fuego serán quemados. Todos aquellos que continúan viviendo bajo el control y el dominio de la carne (el pecado o su naturaleza pecaminosa), morirán eternamente, porque pertenecen a la esfera de los muertos. Tercero, cuando el apóstol dice "si por el Espíritu mortificáis las obras de la carne viviréis", simplemente está haciendo hincapié entre la relación que existe entre el fin determinado por Dios y los medios usados para alcanzar dicho fin. El propósito de Dios es que todos sus hijos pasen por un proceso de santificación en este mundo. Este proceso es esencial como preparación para vivir en la gloria. Sin embargo, lo que les da derecho a la gloria es la justificación por gracia; lo que les prepara en forma práctica para disfrutar la gloria, es el proceso de la santificación. La mortificación del pecado es una parte esencial en este proceso de santificación. Si no estamos siendo santificados por Dios, es porque no vamos a ir a la gloria. Entonces, la mortificación es simplemente una etapa en el plan de Dios para sus hijos. Tal como lo dice Pablo en Rom. 6:22 "Mas ahora, librados del pecado, y hechos siervos á Dios, tenéis por vuestro fruto la santificación, y por fin la vida eterna". En este texto vemos que la santificación está colocada como un medio esencial que nos prepara para la gloria. Este proceso comienza con la liberación del dominio del pecado, este punto es enfatizado en los versículos 2, 6, 14, 17 Y 18 de Romanos capítulo 6. Entonces, si no hemos experimentado primeramente esta liberación, la cual inicia el proceso de mortificación del pecado, esto quiere decir que no tenemos vida espiritual y lo primero que deberíamos buscar no es la mortificación del pecado, sino la salvación misma.

Tercero, la frase " por el Espíritu" se refiere a la causa principal o el medio para llevar a cabo este deber.

El Espíritu mencionado aquí es el mismo que se menciona en el versículo 11, es decir el Espíritu Santo. El mora en nosotros (vers. 9) y nos da vida espiritual (vers. 11). El es el Espíritu de adopción (vers. 15) y nos ayuda en nuestra debilidad (vers. 26). Todos los demás métodos para mortificar el pecado son inútiles. Muchas personas pudieran intentar esta obra usando otros medios. (Vea Rom. 9:30-32.) Siempre han existido personas que lo han intentado y siempre las habrá. Pero Pablo dice: "ésta es la obra del Espíritu", y solamente El lo puede hacer. Mortificar el pecado en base a los esfuerzos humanos, en conformidad con sus propias ideas, conduce a la justicia propia. Esta es la esencia de toda religión falsa.

Cuarto, la frase "mortificar las obras de la carne" nos habla del deber que debemos cumplir.

Consideraremos esta frase haciendo y contestando tres preguntas:

1. **¿Cuál es el significado de "la carne"?** Esta es la misma expresión usada frecuentemente en este capítulo para referirse a "la naturaleza pecaminosa" (vea Rom. 8:3, 4, 5, 8, 12 y 13) Pablo está enfatizando la diferencia entre el Espíritu y la naturaleza pecaminosa. El cuerpo es el instrumento que el pecado. usa para expresarse a si mismo expresarse a sí mismo. Entonces, Pablo usa la expresión "la carne" para expresar la naturaleza corrupta y la depravación del hombre.
2. **¿Cuál es el significado de la frase "las obras"?** Esto se refiere a los actos pecaminosos que la naturaleza pecaminosa (la carne) produce. En Gálatas 5: 19-21 el apóstol nos da algunos ejemplos de estas "obras": "Y manifiestas son las obras de la carne, que son: adulterio, fornicación, inmundicia, disolución, Idolatría, hechicerías, enemistades, pleitos, celos, iras, contiendas, disensiones, herejías, envidias, homicidios, borracheras, banquetes." Pero la preocupación principal de Pablo en Rom. 8 no son las obras externas, sino su causa interior. Es el deseo

pecaminoso no controlado lo que produce tales obras y lo que necesita ser radicalmente tratado.

3. **¿Cuál es el significado de "mortificar" (hacer morir o amortiguad)?** Este es un lenguaje figurado. Imagine que se mata a un animal. Matar un animal significa quitar su fuerza, poder y vida para que ya no pueda actuar y hacer lo que quiere. Esta es la figura que está en mente aquí. La naturaleza pecaminosa (o el pecado que todavía mora en nosotros) es comparada con una persona, el "viejo hombre" con sus recursos habilidades, sabiduría, maquinaciones, fuerza, etc. Pablo dice que esto es lo que debemos matar: Esto es lo que debe ser muerto (mortificado), es decir su fuerza, poder y vida deberían ser quitados por el Espíritu.²

En un sentido, la mortificación del pecado es un evento que ya ha ocurrido. La Escritura dice que " el viejo hombre" ha sido crucificado con Cristo (Rom.6:6). "Morimos con Cristo", dice Romanos 6:8. (Vea también Gal. 5:24.) Esto ocurrió en el momento cuando nacimos de nuevo (Rom.6:3-8). Sin embargo, cada creyente tiene todavía los remanentes³

² Nota del traductor: Esta palabra mortificar ha sido traducida al español como "matar". "hacer morir" y "amortiguar". La palabra es usada en distintas formas en el español, por ejemplo, a veces significa: Negarse a gratificar (cumplir) un deseo. En su uso simbólico significa molestar, fastidiar o amargar la vida. En su uso bíblico, esta palabra significa: Quitar la fuerza, la vitalidad y el poder de algo a fin de que muera. La palabra incluye la idea de debilitar por falta de alimento o hacer morir de hambre; o privar de la comida o alimento. Esta es la idea que vemos en Rom. 13: 14 que dice: "no proveáis para los deseos de la carne", en la Versión actualizada se traduce como: "No hagáis provisión para satisfacer los malos deseos de la carne", En otras palabras, debemos acabar con cualquier cosa en nuestras vidas que sirva como "comida" para alimentar la naturaleza pecaminosa. No debemos proporcionarle ninguna cosa que le fortalezca o que le ayude a tener fuerza, poder y vitalidad. En el Nuevo Testamento la mortificación del pecado se describe en términos de una crucifixión. Vea por ejemplo Rom.6:6; Gál.2:20, 5:24 y 6: 14. La figura es la de una muerte lenta, gradual y dolorosa provocada por la privación. También la mortificación es descrita en términos de violencia, la idea es de hacer "violencia santa" contra el enemigo de nuestras almas. Las palabras de Cristo en Marcos 9:43-47 "córtalo" y "sácalo" corroboran esta idea. También las palabras de Pablo en 1 Cor.9:26-27, "pongo mi cuerpo bajo disciplina y lo hago obedecer" nos hablan no de violencia física sino espiritual en contra del pecado. Además, las palabras en 1 Ped.2:11 también nos hablan de violencia espiritual: "Amados, yo os ruego como á extranjeros y peregrinos, os abstengáis de los deseos carnales que batallan contra el alma". El pecado lucha y pelea para preservar su propia vida. La frase "violencia espiritual" es muy apropiada porque no es fácil matar a un enemigo que lucha y se encuentra en peligro. Como el mismo autor dice, "Todos aquellos que piensan acabar con el pecado con unos cuantos 'golpes ligeros' se equivocan, porque fracasarán y terminarán siendo muertos por este enemigo."

³ El autor usa la frase "remanente del pecado" o "los restos de la naturaleza pecaminosa" que todavía mora en los creyentes para señalar una distinción importante: el pecado que resta y el que reina. La regeneración asegura que los creyentes no pueden continuar viviendo bajo el control del pecado, pero no significa la

de la naturaleza pecaminosa que busca-rán continuamente expresarse. Es el deber de cada cre-yente hacer morir los remanentes de esta naturaleza pecaminosa. Esto debe ser hecho continuamente para que los deseos de la naturaleza pecaminosa no sean satisfechos. (Vea Gál .5:16)

Finalmente, la frase "viviréis" es una promesa dada a los creyentes para animarlos a cumplir su deber

La vida prometida es lo opuesto de la muerte con que se amena-za previamente "si viviereis conforme á la carne, moriréis". (Vea también Gál.6:8.) Quizás el apóstol tiene en mente tanto la vida espiritual en Cristo, como la vida eterna. Todos los creyentes verdaderos ya tienen esta vida espiritual, pero pueden perder el gozo, el consuelo y la fortaleza que esta vida les proporciona. En un contexto diferente, el apóstol Pablo escribió, "Porque ahora vivimos, si vosotros estáis firmes en el Señor." (1 Tesalonicenses 3:8) En otras palabras, ahora mi vida será bue-na y tendré gozo y consuelo en esta vida. En una forma semejante el apóstol está diciendo aquí: usted vivirá una vida espiritual buena, vigorosa y confortable, mientras que esté aquí y recibirá vida eterna en el fin. La fortaleza, poder disfrute de nuestra vida espiritual dependen de a mortificación de las o ras e nuestra naturaleza pecaminosa.

aniquilación o la destrucción de las raíces del pecado en su corazón. La regeneración no aniquila ningún pecado sino que más bien produce un cam-bio en nuestra relación con todo pecado. El apóstol Pablo es un ejemplo de esta realidad. Vemos en su vida que algunos pecados fueron mortificados en el momento de su nacimiento nuevo (por ejemplo, su odio hacia los gentiles y cristianos). Otros pecados fueron debilitados por la regeneración (vea Rom.7:15-25) y algunos permanecieron con mucha fortaleza (vea en 2 Cor.12:7-10 su lucha continua contra el orgullo).

CAPÍTULO 2: EL PERPETUO DEBER DE CADA CREYENTE

En el capítulo anterior hicimos la introducción de este asunto examinando las palabras y las frases en el texto en Rom.8:13 "si por el espíritu mortificáis las obras de la carne, viviréis". En este capítulo fijaremos nuestra atención en una declaración importante señalada con anterioridad: Los creyentes verdaderos, quienes definitivamente son libres del poder condenatorio del pecado (y de su esclavitud), no obstante, deben ocuparse a lo largo de sus vidas con la mortificación del poder del pecado que todavía permanece en ellos.

Pablo repite esta misma verdad cuando exhorta a los colosenses: "Por lo tanto, haced morir lo terrenal en vuestros miembros." (Colosenses 3:5, RVA) ¿A quién se está dirigiendo Pablo? Se está dirigiendo a aquellos que han "resucitado con Cristo" (Col.3: 1), a aquellos que "han muerto" con Cristo (Col.3:3), y aquellos que "serán manifestados con El en gloria" (Co1.3:4). Lector: ¿Mortifica usted sus pecados? Su vida depende de esto. No deje de hacerlo ni siquiera por un solo día. Mate al pecado o el pecado matará su paz y su gozo. El apóstol nos dice que ésta era su práctica cotidiana en 1 Cor.9:27, "pongo mi cuerpo bajo disciplina y lo hago obedecer". Si ésta fue la práctica cotidiana de Pablo (quien fue honrado con gracia, revelaciones, goces, privilegios, consuelos espirituales más que otros), entonces ¿Por qué suponemos que estaremos exentos de la necesidad de hacer lo mismo?

Mientras que estemos vivos, los restos del pecado vivirán en nosotros

Este no es el momento para discutir contra la noción tonta de la impecabilidad o perfeccionismo en esta vida. Debemos ser como el apóstol Pablo, quien no se atrevió a hablar como si "ya lo hubiésemos alcanzado... o ya fuésemos perfectos" (Fil. 3: 12). Nosotros también reconocemos nuestra necesidad de ser renovados en el hombre interior "de día en día" (2 Cor.4: 16). Reconocemos que tenemos un "cuerpo de muerte" del cual no seremos librados hasta que nuestros cuerpos mueran. (Vea Rom.7:24 y Fi1.3:21.) Entonces, admitimos que los restos del pecado permanecerán en nosotros, en un grado mayor o menor, hasta el día de nuestra muerte. Puesto que esta es la realidad del asunto, no tenemos otra oposición salvo la de hacer de la mortificación del pecado, nuestro trabajo diario. Si

una persona ha sido mandada a matar al enemigo pero antes de que el enemigo sea muerto deja de golpearle, entonces ha dejado el trabajo a medias. (Vea 2 Cor.7:1; Gál.6:9 y Heb.12:1.)

Los restos del pecado en nosotros son constantemente activos mientras que vivamos, y están luchando continuamente para producir actos pecaminosos

Cuando el pecado nos deje en paz, entonces nosotros lo podemos dejar en paz. No obstante, esto no ocurrirá nunca en esta vida. El pecado es engañoso y sabe como aparentar que esta muerto, cuando en realidad todavía esta vivo. Debido a esto, debemos perseguirlo vigorosamente en todo tiempo hasta la muerte. El pecado siempre está obrando. "Porque la carne codicia contra el Espíritu." (Gálatas 5.17) Los deseos pecaminosos nos tientan y nos guía hacia el pecado (Stg.1:14-15). A veces, trata de persuadimos a pecar, en otras ocasiones trata de impedir que hagamos el bien y aún en ocasiones trata de desanimamos respecto a la comunión con Dios. Como Pablo nos dice: "mas el mal que no quiero, éste hago." (Romanos 7: 19) También dice: "Y yo sé que en mí (es á saber, en mi carne) no mora el bien." (Romanos 7:18) Esto es lo que detuvo a Pablo de hacer el bien: "Porque no hago el bien que quiero." (Romanos 7: 19) En esta mis-ma manera cada creyente encuentra que hay una lucha interior cuando trata de hacer el bien. Esto es el porqué Pablo se queja tanto acerca de esto en Romanos capítulo 7. Cada día sin excepción, el creyente se encuentra en este conflicto con el pecado. El pecado siempre está activo, siempre está planeando, siempre está se seduciendo y tentando. Diariamente, el pecado nos está derrotando o nosotros le derrotamos a él. Esto continuará así hasta el día de nuestra muerte. No hay ninguna defensa contra los ataques del pecado, excepto una guerra continua contra él.⁴

⁴ En Romanos 7:21,23 y 25 el pecado es descrito como una "ley". Es decir, un principio, una tendencia o una fuerza activa que siempre está dispuesta a actuar. Como "una ley", el pecado se inclina y se mueve constantemente hacia el mal. Es un principio activo o una fuerza que siempre está lista a actuar. El pecado actúa en la mente, la voluntad y los afectos del corazón (en todas las facultades del alma), mediante las inclinaciones, las sugerencias y los impulsos interiores que presenta a nosotros. El pecado utiliza el mundo, el engaño, las mentiras y la vanidad para tentarnos y seducirnos. Usa los deseos naturales del cuerpo corrompiéndolos y convirtiéndolos en concupiscencia y lascivia. El pecado nos promete el placer, el poder, la

Si el pecado no es frenado, si no es continuamente mortificado, entonces producirá pecados dominantes y escandalosos que dañarán nuestra vida espiritual.

El pecado siempre aspira a lo peor. Cada vez que el pecado se levanta para tentarnos o seducirnos, nos conduciría al peor pecado posible de esa clase, si no fuera refrenado. Por ejemplo, si pudiera, cada pensamiento sucio o mirada lasciva terminaría en el adulterio. El pecado, tal como el sepulcro, nunca se sacia. Un aspecto principal de la naturaleza engañosa del pecado, es la forma en que comienza con pequeñas demandas. Los primeros ataques y sugerencias del pecado son siempre muy modestos. Si el pecado tiene éxito en su primer avance, entonces exigirá cada vez más hasta que por fin, "el mero hecho de mirar a una mujer hermosa bañándose" termine en el adulterio, en maquinaciones malvadas y en el homicidio. (Vea 2 Sam. 11:2-17) Como el escritor a los Hebreos nos advierte, no debemos permitir que el engaño del pecado nos endurezca (Heb.3:13). Si el pecado tiene éxito en sus primeros avances, entonces repetirá su ataque inicial hasta que el corazón se torne menos sensible al pecado, y esté preparado para hundirse más en él. El corazón está siendo endurecido sin percatarse de ello con el fin de que el pecado aumente sus demandas sin que la conciencia sea muy turbada. De este modo, el pecado progresará gradualmente incrementando sus demandas pecaminosas. La única cosa que puede impedir que el pecado siga progresando es la continua mortificación de él. Aún los creyentes más santos en el mundo caerán en los peores pecados si abandonan este deber.

Dios nos ha dado su Espíritu Santo y una naturaleza nueva para que tengamos los medios necesarios para oponernos al pecado y sus deseos malvados

La naturaleza pecaminosa está firme en su determinación de pelear contra el Espíritu Santo y contra la naturaleza nueva que Dios ha dado al creyente. Lo opuesto es también verdadero, es decir, "el Espíritu lucha contra la carne" (Gál. 5: 17). El hecho de que los creyentes participen de la naturaleza divina (vea 2 Ped.1:4-5), es con el fin de que sean

satisfacción, el contentamiento y aún el gozo y la felicidad. La única forma en que podemos enfrentarnos en contra de esta fuerza activa que siempre nos inclina al mal, es mortificándola.

capacitados para huir de la corrupción que está en el mundo por la concupiscencia". Si no usamos el poder del Espíritu y la naturaleza nueva para mortificar el pecado cada día, entonces descuidamos el remedio perfecto que Dios nos ha dado contra este gran enemigo. Si nosotros fallamos en hacer uso de lo que hemos recibido, Dios será perfectamente justo si rehúsa darnos mas. Tanto las gracias de Dios como sus dones, nos son concedidos para usarlos, desarrollarlos y mejorarlos. (Esta es la enseñanza de la parábola de los talentos en Mat. 25:14-30.) Si algún creyente falla en mortificar el pecado diariamente, está pecando contra la bondad, la sabiduría y la gracia de Dios quien le ha dado los medios para hacerlo.

El descuido de este deber conduce al decaimiento de la gracia en el alma y al florecimiento de la naturaleza pecaminosa

No hay una forma más segura para ocasionar el decaimiento espiritual que el descuido de este deber. El ejercitamos en la gracia y la victoria que tal ejercicio trae, son las dos maneras principales para fortalecer la gracia en el corazón. Cuando la gracia no es ejercitada (como un músculo sin ejercitarse), se debilita y se atrofia y el pecado endurece el corazón. Cuando el pecado obtiene una victoria considerable, esto debilita la vida; espiritual del alma (vea Sal. 31:10 y 51:8) y hace que el creyente se vuelva débil, enfermo y propenso a morir; (vea Sal. 38:3-5). Cuando pobres criaturas (en sentido espiritual) reciben golpe tras golpe, herida tras herida, derrota tras derrota y nunca se levantan para pelear vigorosamente, entonces ¿Qué más pueden esperar salvo que sean endurecidos por el engaño del pecado y mueran desangrados? Tristemente tenemos que decir que no faltan ejemplos para ilustrar los resultados alarmantes de tal negligencia. Muchos de nosotros recordamos a "creyentes" que fueron alguna vez humildes, con una conciencia sensible, quienes lamentaban sus fallas, quienes tenían miedo de ofender, quienes eran celosos para el Señor, su obra, su día y su pueblo; pero que ahora son negligentes en el cumplimiento de este deber. Ahora son terrenales, carnales, fríos, llenos de amargura, y siguen las ideas de este mundo. Esto trae vergüenza a la religión verdadera y es un enorme tropiezo para la gente que les conoció antes. .

Sin el cumplimiento de este deber, los demás deberes de la vida cristiana no pueden ser cumplidos.

Es nuestro deber "perfeccionar la santificación en el temor de Dios" (2 Cor.7:1), y "crecer en la gracia" (2 Ped.3: 18). Sin embargo, estos deberes no pueden ser cumplidos sin la mortificación diaria del pecado. El pecado se opone con toda su fuerza contra cada acto de santidad, y contra cada grado de gracia que alcanzamos. Nadie debería pensar Que puede progresar en la santidad, sin la disciplina cotidiana de negarse gratificar los deseos pecaminosos del corazón. Lector, usted siem-pre tendrá la oposición de estos deseos pecaminosos y siempre debe mantener la firme determinación de matarlas. Si ésta no es su determinación, entonces usted está en paz con el pecado y no está progresando en la santidad.

Antes de continuar con el siguiente capítulo de este estudio, será de ayuda hacer dos cosas:

1. **Primero resumiremos el punto principal que hemos estado tratando en este capítulo.** Esto es, aunque la muerte del creyente al pecado fue comprada y asegurada por la muerte de Cristo en su lugar (vea Rom.6:2), sin embargo, la mortificación del pecado sigue siendo todavía el deber cotidiano del creyente. Aunque hemos recibido la promesa de una victoria completa cuando fuimos convertidos al principio, (a través de la convicción de pecado, humillación por pecado y la implantación de un nuevo principio de vida que es opuesto y destructivo para el pecado) el pecado permanece en el creyente. El pecado es activo en todos los creyentes, aún en los mejores creyentes mientras que vivan en este mundo. Por lo tanto, la mortificación continua, día tras día, es esencial a lo largo de toda su vida.
2. **Segundo, señalaremos dos males que enfrentan a cada creyente que no mortifica sus pecados.** El primer mal afecta a los creyentes y el segundo afecta a otros:
 - a. **El creyente:** El mal de no tomar en serio el pecado. Una persona puede hablar acerca del pecado y decir que es algo muy malo; no obstante, si esa persona no mortifica diariamente su propio pecado, quiere decir que no lo está tomando en serio. La causa principal de la falta de mortificación del pecado es que el pecado sigue adelante sin que la persona se percate de ello.

Alguien que sostiene la idea de que la gracia y la misericordia divinas le permiten pasar por alto sus pecados cotidianos, está muy cerca de convertir la gracia de Dios en un pretexto para pecar, y de ser endurecido por el engaño del pecado. No hay una evidencia más grande de un corazón falso y podrido que esto. Lector, tenga cuidado de tal rebelión. Esto solamente puede conducirle al debilitamiento de su fortaleza espiritual, si no es que a algo peor: la apostasía y el infierno. La sangre de Cristo es para purificarnos (1 Jn.1:7; Tit.2: 14), no para consolarnos en una vida de pecado. La exaltación de Cristo debería conducirnos al arrepentimiento (Hechos 5:31) y la gracia de Dios debe enseñarnos a decir no a la impiedad (Tit. 2:11-12). La Biblia habla de personas que abandonan la iglesia porque nunca pertenecieron realmente a ella (1 Jn. 2:19). La forma en que esto ocurre a muchas de estas personas es más o menos como sigue: Ellas estaban bajo convicción por algún tiempo y esto les condujo a hacer ciertas obras y a profesar la fe en Cristo. Ellos se apartaron de las contaminaciones del mundo por el conocimiento del Señor y Salvador Jesucristo" (2 Ped.2:20). Pero, después de que conocieron el evangelio se cansaron de sus deberes espirituales. Puesto que sus corazones nunca habían sido realmente cambiados, ellos se permitieron a sí mismos, descuidar varios aspectos de la enseñanza bíblica acerca de la gracia. Una vez que este mal hubo atrapado sus corazones, fue solamente cuestión de tiempo hasta que se hundieron en el camino que conduce al infierno. (Es decir, se convirtieron en apóstatas.)

b. **Otras personas:** Una persona que no mortifica en sí misma el pecado puede ser preservada de caer abiertamente en la apostasía, y no obstante al mismo tiempo ejercer una influencia doble sobre otras personas:

i. **Una influencia que endurece a otros.** Cuando los inconversos pueden ver tan poca diferencia entre sus propias vidas y la de una persona que profesa el cristianismo pero que no mortifica sus pecados, entonces no ven ninguna necesidad de ser convertidos. Ellos observan el celo religioso de dicha persona, pero también observan su impaciencia con aquellos con quienes no está de acuerdo. Ellos observan sus muchas inconsistencias. Ellos ven que

en algunas cosas se separa del mundo, pero se fijan más en su egoísmo y su falta de esfuerzo para ayudar a otros. Ellos escuchan su conversación espiritual y sus reclamos de tener comunión con Dios; pero todo es contradicho por su conformidad a los caminos del mundo. Ellos escuchan su jactancia de que sus pecados han sido perdonados, pero también se fijan en su falla de no perdonar a otros. Entonces, observando la pobre calidad de vida de tal persona, se endurecen en sus corazones contra el cristianismo y concluyen que sus vidas son tan buenas como las de cualquier "creyente".

- ii. **Una influencia que engaña a otros.** Otros pueden tomar a tal persona como un ejemplo de un cristiano y asumir que, debido a que pueden imitar su ejemplo o mejorarlo, por lo tanto ellos también podrían considerarse como cristianos. En esta forma tales personas son engañadas y piensan que son cristianos cuando en realidad no poseen la vida eterna.

CAPÍTULO 3: LA OBRA DEL ESPÍRITU SANTO EN LA MORTIFICACIÓN DEL PECADO

En este capítulo fijaremos nuestra atención en la necesidad de depender de la obra del Espíritu Santo para realizar la mortificación del pecado. El principio básico que este capítulo enfatiza, puede ser resumido en las siguientes palabras:

Solamente el Espíritu Santo es competente para hacer esta obra. Todas las formas y medios para efectuar esta obra no lograrán nada sin la ayuda del Espíritu. El Espíritu Santo obra en el creyente según su beneplácito para dirigirse y capacitado en esta obra. Este punto puede ser ampliado bajo dos encabezados principales:

Es en vano buscar apoyo en algún otro remedio que no sea el Espíritu Santo

Muchos remedios han sido sugeridos, algunos de los cuales son bien conocidos, pero no han ayudado a nadie. Los católicos "más religiosos" se ocupan de medios equivocados para mortificar el pecado. Pero este deseo de mortificar el pecado se manifiesta a sí mismo por el vestir hábitos religiosos, hacer votos, pertenecer a Órdenes religiosas, por ayunos, penitencias, etc. Supuestamente, todas estas cosas sirven para mortificar el pecado, pero en realidad no lo hacen.

Desafortunadamente, tales ideas acerca de la mortificación del pecado no están limitadas solo a la Iglesia Católica Romana. Hay muchos así llamados "protestantes", quienes deberían saber más, pues tienen la ventaja de tener un entendimiento más claro del evangelio, pero no se comportan mejor que los católicos romanos. Estos se dedican a sí mismos a guardar la letra de la ley de Dios, en una manera que los conduce solamente a enorgullecerse, pero en realidad no dependen en ninguna manera de Cristo y de su Espíritu. Tales supuestos medios para la mortificación del pecado, manifiestan una ignorancia bien arraigada del poder divino y del misterio del evangelio.

Hay dos razones principales por las cuales estos esfuerzos por parte de los católicos y muchos de los así llamados protestantes, fallan y no mortifican verdaderamente ningún pecado:

1. **Primero, porque muchos de los medios y formas en que ellos insisten, nunca fueron dados por Dios para ese propósito.** No hay ningún medio o forma que pueda lograr una meta particular, a menos que haya sido designado por Dios con ese propósito. Respecto a la vestimenta de hábitos, los votos, las penitencias y otras cosas semejantes Dios pregunta: "¿Quién demandó esto de vuestras manos?" (Isaías 1: 12), y también dice; "en vano me honran, enseñando como doctrinas mandamientos de hombres." (Marcos 7:7)
2. **Segundo, porque no usan los medios señalados por Dios en una forma correcta, por ejemplo: La oración, el ayuno, la meditación, el velar, etc.** Estos medios tienen su propio papel en esta obra, pero solamente a condición de que sean subordinados a la ayuda del Espíritu y la fe verdadera. Cuando las personas esperan tener éxito en la mortificación del pecado, simplemente en virtud de haber orado o ayunado mucho, fallan al no usar los medios divinos en la forma correcta. El apóstol Pablo comentó respecto a algunas personas, aunque en un contexto diferente, que tales personas: "siempre aprenden, y nunca pueden acabar de llegar al conocimiento de la verdad." (2 Timoteo 3:7) En una forma semejante, muchas personas siempre están tratando de mortificar el pecado, pero realmente nunca lo hacen. En otras palabras, tienen varias maneras para suprimir al hombre natural en cuanto a su vida común, pero carecen de los medios necesarios para mortificar los deseos corruptos que hacen daño a la vida espiritual.

Este es un error general cometido por las personas que desconocen el evangelio. También es la causa de la mayoría de las supersticiones y las religiones de invención humana que existen en el mundo. ¡Cuánto daño y sufrimiento se han ocasionado a sí mismas, pensando que podrían acabar con el pecado, atacando al cuerpo físico, en vez de atacar la corrupción del viejo hombre! (Práctica que todavía existe entre algunas personas religiosas.) El autoflagelamiento y las otras clases de torturas del cuerpo no logran nada en la mortificación del pecado. (Vea Co1.2:20-23.)

Un error más sutil y más popular que tampoco tiene eficacia contra la mortificación de pecado es el siguiente: Un hombre siente el remordimiento por un pecado que le ha derrotado. De inmediato se promete a sí mismo y a Dios, que nunca volverá a cometerlo otra vez (como si el mero hecho de hacer votos y promesas pudiera mortificar su pecado.)

Entonces, por un tiempo se guarda y se vigila a sí mismo, se pone a orar mucho, etc. Pero tarde o temprano la conciencia de su culpa y el remordimiento vuelven y se apoderan de él. Si consideramos la verdadera naturaleza de la obra necesaria para mortificar el pecado, entonces será obvio que ningún esfuerzo humano por muy grande que fuera, puede lograrlo. Esto nos conduce al segundo encabezado:

La mortificación del pecado es la obra del Espíritu Santo.

¿Por qué decimos esto? Por dos razones:

1. **Dios ha prometido en su palabra dar el Espíritu Santo para hacer esta obra.** Quitar el corazón de piedra (es decir, el corazón rebelde, obstinado e incrédulo), es en general, esta obra de la mortificación del pecado que estamos considerando. Es prometido que el Espíritu Santo hará obra. "Os daré corazón nuevo... y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra... Y pondré dentro de vosotros mi espíritu..." (Ezequiel 36:26-27)
2. **Toda mortificación del pecado nos viene como un Don de Cristo, y todos los dones de Cristo nos vienen por el Espíritu de Cristo.** Sin Cristo, nada podemos hacer. (Juan 15:5) Cristo nos concede la mortificación de nuestro pecado. El ha sido exaltado como príncipe y salvador para darnos el arrepentimiento (Hech.5:31), y nuestra mortificación del pecado es una parte no pequeña de ese arrepentimiento. ¿Cómo hace esto Cristo? Habiendo recibido la promesa del Espíritu, lo derrama para este propósito (Hechos 2:33). Como preparación para lo que seguirá en los capítulos restantes, concluiremos este capítulo considerando dos cuestiones importantes:
 - a. **Primero ¿Cómo mortifica el Espíritu al Pecado?** En términos generales, el Espíritu Santo realiza esto en tres maneras:
 - i. **El hace que nuestros corazones sobreabunden con la gracia y produce los frutos que se oponen a la naturaleza pecaminosa, no solo en su raíz sino también en raíz sino también en sus ramas.** En Gálatas 5 Pablo contrasta "las obras (frutos) de la carne" con "los frutos del Espíritu". Si el fruto del Espíritu florece en una persona, entonces la naturaleza pecaminosa no puede florecer al mismo

tiempo. ¿Por qué es así? Pablo contesta, "estos se oponen entre si" (Gálatas 5:17) Es decir, la naturaleza pecaminosa y los frutos del Espíritu se oponen entre sí, de tal modo que los dos no pueden florecer al mis-mo tiempo en la misma persona. Esta renovación del Espíritu Santo (vea Tito 3:5) es un medio principal para la mortificación del pecado, El Espíritu causa que prosperemos y abundemos en las gracias que son contrarias y destructivas para las obras de la carne y los remanentes mismos del pecado.

- ii. **El Espíritu tiene un efecto dramático sobre la raíz y los hábitos del pecado; debilitándolos, destruyéndolos, y quitándolos.** Por esta razón él es llamado el Espíritu de juicio y de fuego (Isa.4:4). El Espíritu realmente destruye y consume nuestros deseos pecaminosos. Esto lo hace al principio, quitando el corazón de piedra con su poder omnipotente (en el milagro de la regeneración) y lo continua (en el proceso de la santificación) con un fuego que quema hasta la raíz de los deseos pecaminosos.
- iii. **El Espíritu trae la cruz de Cristo al corazón del pecador a través de la fe, y nos da comunión con Cristo a través de su muerte y sus sufrimientos.** Veremos este punto más adelante.

b. **Segundo, si ésta es solo la obra del Espíritu. entonces ¿Por qué es un deber al cual los creyentes son exhortados para que lo lleven a cabo?** Hay por lo menos dos respuestas a esta pregunta:

- i. **La mortificación del pecado no es una obra exclusiva del Espíritu Santo, más de lo que las otras gracias y buenas obras lo son.** El Espíritu es el autor de toda gracia y de cada buena obra, y sin embargo, es el creyente quién ejerce estas gracias hace realmente las buenas obras. "Porque Dios es el que en vosotros obra así el querer como el hacer, por su buena voluntad." (Filipenses 2:13) "Obraste en nosotros, todas nuestras obras." (Isa. 26:11) Vea también II Tes. 1:11; Rom. 8:12 – 13 & Zac. 12:10.
- ii. El Espíritu Santo no mortifica el pecado sin la obediencia y cooperación del creyente, El obra en nosotros y sobre nosotros en

una forma apropiada, sin hacer violencia a nuestra naturaleza humana. El nos preserva, no anulando nuestra voluntad, ni nuestra obediencia voluntaria. El obra en nosotros y con no-sotros, no contra nosotros y sin nosotros. Su ayuda es un estímulo para hacer la obra, no una razón para descuidarla. El punto que estamos enfatizando aquí es simplemente que esta obra no puede ser realizada sin la ayuda poderosa del Espíritu Santo. La tragedia es que existen personas que son extrañas al Espíritu Santo y que al tratar de mortificar el pecado en sus vidas, fracasan. Ellos pelean sin obtener la victoria, luchan sin ninguna esperanza de paz y permanecen en la esclavitud del pecado toda su vida.

CAPITULO 4: EL VALOR DE LA MORTIFICACIÓN

En este capítulo resaltaremos la siguiente verdad: La vida, la fortaleza y el consuelo de nuestra vida espiritual depende en gran manera, de que mortifiquemos nuestros pecados.

Introduciremos esta verdad explicando dos cosas que la mortificación no significa:

- 1. Esto no significa que a condición de que los creyentes mortifiquen consistentemente el pecado, disfrutaran automáticamente una vida vigorosa y confortable vida espiritual.** Por ejemplo Hemán, autor del Salmo 88, fue un hombre que realmente caminó con Dios y sin embargo, casi nunca disfrutó de algún día de paz y consolación. Si Hemán, un siervo eminente de Dios, no disfrutó la paz y la consolación en su vida que normalmente trae una vida de mortificación del pecado, entonces debemos entender que Dios tuvo una razón para esto. Dios ha puesto a Hemán como un ejemplo para consolar a otros que se encuentren en una condición semejante. Aunque todos los creyentes deberían usar el medio de la mortificación del pecado para obtener la paz, deben percatarse de que solamente Dios puede concederles la verdadera paz y consolación. (Vea Isa. 57:18-19.)
- 2. Esto tampoco significa que la mortificación es la fuente principal a través de la cual Dios nos da una vida espiritual fuerte y confortable.** La fuente principal que nos provee estas cosas son los privilegios de nuestra adopción o sea "el Espíritu dando testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios" (Rom. 8: 16). Es el ministerio del Espíritu, asegurándonos de nuestra adopción y justificación, lo que es la fuente principal de una vida espiritual vigorosa y confortable.

Ahora, consideremos lo que esta verdad significa en sentido positivo:

En nuestra relación cotidiana con Dios y en su trato normal con nosotros, una vida espiritual fuerte y confortable depende en gran manera de nuestra consistente mortificación del pecado. Como regla general, la mortificación produce una vida espiritual fuerte y confortable. Las siguientes consideraciones nos ayudarán para comprobar este punto:

Solamente la mortificación impedirá que el pecado nos quite el vigor y el consuelo de nuestra vida espiritual. Cada pecado que no es mortificado, inevitablemente producirá dos cosas: Debilitará al alma y le quitará su fortaleza. Cuando David permitió que un deseo pecaminoso no mortificado permaneciera en su corazón, le dejó sin ninguna fuerza espiritual.

El dijo: "No hay sanidad en mi carne... no hay paz en mis huesos a causa de mi pecado... estoy debilitado y molido en gran manera..." (Sa1.38:3,8) Un deseo pecaminoso no mortificado secará el espíritu y toda la fuerza del alma, debilitándola así para todos los deberes:

1. **Primero, inquieta el bienestar espiritual del corazón.** Esto lo hace desviando el corazón de la condición espiritual que es necesaria para tener comunión vigorosa con Dios. Esta desviación es lograda a través de seducir el corazón con deseos mundanos, de modo que el amor del Padre mengüe.
2. **Segundo, obra en la mente promoviendo pensamientos diseñados para animar la gratificación de los deseos pecaminosos.** Tratará de exagerar los placeres del pecado y proporcionará razones por las cuales, los deseos pecaminosos deberían gratificarse.
3. **Tercero, producirá pecados abiertos e impedirá el cumplimiento del deber.** Esto lo hace apelando a los deseos pecaminosos particulares de cada persona. Por ejemplo, cuando un hombre ambicioso debería estar ocupado en la adoración de Dios, el pecado le conducirá a darle prioridad a su trabajo, en vez de dársela a la adoración de Dios.

Una explicación negativa: En el resto de este capítulo explicaremos cinco cosas las cuales la mortificación no significa, y en el próximo capítulo explicaremos tres cosas las cuales sí significa.

1. **Mortificar un pecado no significa destruido completamente, ni erradicarlo definitivamente del corazón.** Es cierto que esta es la meta de la mortificación, pero es una meta la cual no puede ser alcanzada en esta vida. Sin lugar a dudas, el creyente: puede esperar triunfos maravillosos sobre el pecado (por la ayuda del Espíritu y la gracia de Cristo), de tal manera que pueda experimentar una victoria casi constante sobre el pecado. Pero, no debe esperar la destrucción total, ni la erradicación definitiva del pecado en esta vida. Pablo nos asegura de ello en Filipenses 3. Pablo conocía que a pesar de todos sus logros, aún no había alcanzado la perfección (vers.12). Este conocimiento no impedía que el continuara hacia el blanco, es decir, hacia "la perfección" (vers.13-14), aunque él sabía que todavía tenía el "cuerpo de nuestra bajeza" (el cuerpo donde todavía mora el pecado), es decir el cuerpo que no sería transformado, ni glorificado hasta la segunda venida de Cristo (vea vers.21). Dios lo considera mejor así, que en nosotros mismos no estemos completos en nada, sino que en todas las cosas seamos completos en Cristo (Col.2: 1a).
2. **Mortificar un pecado (aunque no es necesario decirlo) no significa tratar de disfrazarlo.** Tristemente debemos reconocer que una persona puede dejar en forma externa la práctica de muchos pecados, mientras que sigue deseando hacerlos. Otras personas pueden pensar que esa persona ha sido cambiada, pero tal persona solamente ha añadido a sus pecados anteriores, el horrible pecado de la hipocresía y así ha encontrado el camino más seguro que le conduce al infierno.
3. **La mortificación del pecado no significa el cultivo de una naturaleza tranquila y quieta.** Muchas personas tienen la bendición de poseer por naturaleza un temperamento agradable. Estas personas son calmadas y no inclinadas a enojarse fácilmente. Ahora, tales personas pueden cultivar y mejorar esta disposición, disciplinándose, meditando y actuando con prudencia, pueden dar a otros y a sí mismas la apariencia de ser personal y muy espiritual. La tragedia de esto es que tales personas casi nunca son inquietadas por el enojo o la pasión; mientras que otras tienen que luchar con estos pecados cada día. Entonces, sería absurdo decir que la primera clase de personas ha hecho más para mortificar el pecado, que las otras. Si la primera clase de personas se juzgara a sí misma fijándose en su

egoísmo, su incredulidad, su envidia o algún otro pecado espiritual, esto le daría una mejor idea de su verdadera condición delante de Dios.

4. **Un pecado no ha sido mortificado cuando simplemente ha sido desviado hacia otra dirección.** En Hechos 8 Simón dejó la práctica de la magia por un tiempo, pero la codicia y la ambición que estaban detrás de su práctica permanecieron y se manifestaron de otra forma. A pesar de la apariencia de nueva vida en Simón (vers.13), él aún estaba "en hiel de amargura y en prisión de maldad" (vers.23). Cualquiera que sustituye el orgullo por la mundanalidad, o el legalismo por la sensualidad no debería engañarse pensando que los pecados que han sido supuestamente abandonados, hayan sido realmente mortificados.

5. **La conquista ocasional del pecado tampoco significa la mortificación. veamos os ejemplos de esto:**

a. Un pecado brota y trae el terror a la conciencia del escándalo y el temor de la desaprobación divina. Esto puede tener el efecto de despertar a la persona de su sueño espiritual y por un tiempo llenarle con aborrecimiento hacia ese pecado y ponerle en guardia contra él. Sin embargo, el pecado permanece como no mortificado. Este pecado es como un enemigo que se ha introducido secretamente en el campamento y ha asesinado a uno de los capitanes. De inmediato los guardias se ponen en alerta y buscan en todo el campamento para encontrar al enemigo. Pero el enemigo se esconde a sí mismo mientras que los guardias le buscan por todas partes. Por un tiempo pudiera parecer que el enemigo ha desaparecido, pero el está a salvo y esperando otra oportunidad para hacer lo mismo nuevamente.

b. En un tiempo de juicios providenciales, calamidades o aflicciones agobiantes, el corazón se preocupa por aliviarse de estas cosas. Una persona puede creer que tal alivio solo puede obtenerse tratando con su pecado, entonces se resuelve a abandonarlo. Sin embargo, el pecado es engañoso Y estará contento de permanecer quieto por algún tiempo y dar la apariencia de haber sido mortificado. Pero en realidad está muy lejos de haber sido mortificado y tarde o temprano saltará con vida otra vez. En el Salmo 78:32-37 hay una ilustración excelente de esto. Cuando estas personas se encontraron en problemas, rápidamente se volvieron al Señor. Esto lo

hicieron con mucha solicitud y diligencia, pero su pecado no fue mortificado.

Por medio de estos y muchos otros caminos, las pobres almas pueden engañarse a sí mismas y pensar que han mortificado sus malos deseos, cuando en realidad sus pecados aún están vivos y están en espera de una ocasión oportuna para brotar y enturbiar su paz.

CAPITULO 5: UNA EXPLICACIÓN POSITIVA DE LA MORTIFICACIÓN

Ahora volveremos a dar una explicación de lo que la mortificación es. Hay tres cosas que la mortificación realiza:

Un debilitamiento habitual de los deseos pecaminosos

Cada concupiscencia (deseo malo) es un hábito depravado que continuamente inclina el corazón hacia el mal. En Génesis 6:5 tenemos una descripción de un corazón no mortificado, "y que todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal". En cada hombre inconverso hay un corazón no mortificado que está lleno de una gran variedad de deseos impíos, y cada uno de estos deseos clama continuamente por su satisfacción.

Ahora, nos concentraremos solamente en la mortificación de un solo deseo pecaminoso. Este deseo (piense en el pecado más aplicable para usted) es una inclinación habitual, fuerte y muy arraigada que mueve la voluntad y los afectos hacia un pecado particular. Una de las evidencias más grandes de tal deseo pecaminoso, es la tendencia de pensar acerca de la manera en que esta concupiscencia pudiera ser gratificada. (Vea Rom.13: 14.) Este hábito pecaminoso (es decir, concupiscencia o deseo malo) obra violentamente. "Batalla contra el alma" (1 Ped.2: 11) y trata de llevar cautiva a la persona a "la ley del pecado" (Rom.7:23). Ahora, la primera cosa que la mortificación realiza es un debilitamiento de este deseo pecaminoso o malo, de tal modo que se vuelva cada vez menos violento en sus esfuerzos para provocarnos y tentarnos a pecar. (Vea Sant. 1:14-15.)

En este punto es necesario dar una advertencia. Todos los deseos pecaminosos tienen poder para seducirnos y provocarnos a pecar, pero parece que no todos tienen el mismo poder. Hay por lo menos dos razones por las cuales algunos deseos pecaminosos parecen ser más poderosos que otros:

1. Un deseo pecaminoso puede ser más fuerte que otros en la misma persona, y también más fuerte que el mismo deseo en otras personas. Hay muchas maneras por las cuales esta vitalidad y poder es dada a ciertos deseos, normalmente es a través de la tentación.
2. Los actos violentos de algunos deseos pecaminosos son mucho más obvios que otros. Pablo hace una diferencia entre la impureza sexual y otros pecados:

"Huid la fornicación. Cualquier otro pecado que el hombre hiciere, fuera del cuerpo es; mas el que fornicar, contra su propio cuerpo peca. "(1 Cor. 6: 18) Esto significa que los pecados de esta índole son más fáciles de discernir que otros. Sin embargo, un hombre que ama desordenadamente las cosas del mundo puede ser tan sujeto al poder de este deseo malo (aunque no sea tan obvio en su vida), como cualquier otro hombre que es llevado cautivo por la inmoralidad.

Entonces, la primera cosa que la mortificación realiza es un debilitamiento gradual de los actos violentos de los deseos pecaminosos, de tal modo que su poder para impulsar, avivar, seducir, inquietar y molestar el alma es disminuido. Esto es llamado la crucifixión de "la carne con sus pasiones y deseos" (Gál.5:24). Este lenguaje es muy gráfico como podemos ver en la siguiente ilustración:

Piense en un hombre clavado en una cruz. Al principio este hombre luchará, se esforzará y clamará con gran fuerza y poder. Pero después de un rato, mientras que se desangra, sus esfuerzos se volverán más débiles y sus clamores se tornarán bajos y roncós. En una forma semejante, cuando un hombre comienza a llevar a cabo el deber de hacer morir un deseo pecaminoso, hay una lucha violenta; pero mientras que la fuerza y el poder del deseo pecaminoso "se desangra", sus esfuerzos y clamores también se disminuirán.

Ahora, la mortificación inicial y radical del pecado es descrita en Romanos 6 y especialmente en el versículo 6: "Sabido esto, que nuestro viejo hombre juntamente fue crucificado con él, para que el cuerpo del pecado sea deshecho, á fin de que no sirvamos más al pecado (Romanos 6:6)

Sin esta mortificación inicial y radical, la cual es realizada a través de la unión con Cristo Jesús tal como Pablo la describe en Romanos 6 (comentaremos más sobre esto en el próximo capítulo), la persona no puede tener éxito en la mortificación de ningún deseo

pecaminoso. Un hombre puede tratar de aplastar los frutos amargos de un mal árbol hasta cansarse. Pero, mientras que permanezca la raíz en su fuerza y vigor, ninguna cantidad de golpes impedirán que los malos frutos broten nuevamente de la raíz. Esta es la necesidad que vemos en muchas personas que se oponen con toda su fuerza en contra del brote de algún pecado particular, pero nunca atacan ni hieren realmente la raíz misma del pecado solo puede ser aplastada y afectada, por la unión espiritual con Cristo Jesús.

Una lucha y un combate continuo contra el pecado

Cuando el pecado es fuerte y vigoroso el alma no puede hacer mucho progreso espiritual. A menos que peleemos continuamente contra el pecado, éste se volverá fuerte y vigoroso, y el progreso espiritual será constantemente impedido. Hay tres cosas principales involucradas en esta contienda contra el pecado:

1. Debemos conocer a nuestro enemigo y estar decididos a destruirlo por todos los medios posibles. Debemos recordarnos a nosotros mismos, de que estamos en un conflicto vigoroso y peligroso, un conflicto que tiene consecuencias muy serias. Necesitamos estar "conscientes de la plaga de nuestro propio corazón" (I Rey.8:38). Debemos cuidarnos de pensar en forma ligera acerca de esta plaga. Hay motivos para sospechar que muchos tienen muy pocos conocimientos del gran enemigo que llevan consigo en sus propios corazones. Esto es lo que les hace estar tan dispuestos a justificarse a sí mismos y a volverse impacientes ante la reprensión y la amonestación, no percatándose de que están en gran peligro. (Vea 2 Crón.16:1-10.)
2. Debemos esforzarnos para conocer los caminos de nuestro enemigo, sus maquinaciones y los métodos de guerra que emplea, las ventajas que nuestro enemigo busca y aún las ocasiones cuando sus ataques pueden tener el mayor éxito. Entre más conocimiento que tengamos de esas cosas, estaremos más preparados para pelear contra el pecado. Por ejemplo, si observamos que nuestro enemigo toma ventaja repetidamente sobre nosotros en alguna situación particular, entonces debemos procurar evitar esa situación. Debemos tratar de usar la sabiduría del Espíritu contra las maquinaciones del pecado que mora en nosotros. De esta manera por más discernir rápidamente la sutileza (astucia) de nuestro enemigo, y frustrar así sus planes malvados contra nosotros.

3. Debemos trabajar cotidianamente usando los medios que Dios ha ordenado para herir y destruir a nuestro enemigo (mencionaremos algunos de estos medios más adelante). No debemos permitir que un falso sentido de seguridad nos adormezca, pensando que, puesto que nuestros deseos pecaminosos están quietos, entonces han de estar muertos. Más bien, debemos golpear y herir estos deseos pecaminosos cada día. (Vea Co1.3:5.) ,

El éxito en nuestra oposición y conflicto contra pecado que todavía mora en nosotros

Cuando hay "éxitos" frecuentes contra cualquier deseo pecaminoso, esto es otra parte y evidencia de la mortificación del pecado. Por "éxito" queremos decir, una victoria sobre el pecado acompañada con la intención de seguir esa victoria y atacar nuevamente. Por ejemplo, cuando el corazón detecta los movimientos del pecado (tratando de seducir, tentar, influir en la imaginación, etc.), entonces lo detiene de inmediato, exponiéndolo a la ley de Dios y al amor de Cristo, lo sentencia y lo ejecuta.

Cuando una persona tiene éxito contra el pecado, de tal modo que su raíz ha sido realmente debilitada y su actividad disminuida, y éste ya no puede impedir el cumplimiento de su deber, o interrumpir su paz como antes lo hacía; entonces podemos decir que ese pecado ha sido mortificado en una medida considerable.

Este debilitamiento de la raíz del deseo pecaminoso es realizado principalmente por la implantación, la morada habitual y el aprecio de la vida espiritual de gracia, la cual está en oposición directa a los deseos malos y los destruye. Entonces, por la implantación y el crecimiento de la humildad, el orgullo será debilitado. En una forma semejante, la paciencia tratará con la intolerancia; la pureza de mente y la conciencia tratará con la impureza; la mente celestial tratará con el amor de este mundo, etc...

CAPÍTULO 6: REGLAS GENERALES PARA LA PRÁCTICA DE LA MORTIFICACIÓN

Hay algunas reglas generales y principios que son esenciales para la mortificación bíblica del pecado, sin las cuales ningún pecado será jamás mortificado. En este capítulo consideremos la primera y más básica de estas reglas.

Solamente un creyente, es decir, una persona que está verdaderamente unida con Cristo es capaz de mortificar el pecado

Como ya hemos notado en el primer capítulo, la mortificación es la tarea de los creyentes: “porque si vivís conforme a la carne, moriréis; mas si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis” (Romanos 8:13) Una persona no regenerada (es decir, una persona que no está realmente unida con Cristo por la fe), puede hacer algo parecido a la mortificación, pero no puede realmente mortificar ni siquiera un solo pecado, en una manera aceptable a Dios. En el capítulo tres notamos como muchas personas sinceramente religiosas (que actúan en base a los principios enseñados por su iglesia), tratan de mortificar su pecado, sin embargo todo es en vano.

No estamos sugiriendo que solamente los creyentes están obligados a mortificar el pecado. No, la mortificación es un deber (igual como el arrepentimiento y la fe), que Dios exige de todos aquellos que escuchan el evangelio. Lo que estamos afirmando es que sólo los creyentes pueden hacer esto. El incrédulo también está obligado a mortificar sus pecados, pero éste no es su primer deber, su primer deber es creer el evangelio que ha escuchado.

La ayuda del Espíritu de Dios la mortificación de pecado no es posible. Sería más fácil ver sin ojos o hablar sin lengua que verdaderamente mortificar el pecado sin el Espíritu Santo. Pero ¿Cómo puede una persona obtener la ayuda del Espíritu de Dios? El es el Espíritu de Cristo y es recibido creyendo el evangelio acerca de Cristo Jesús, no como una recompensa por guardar la ley. (Vea Gá1.3:1-5, especialmente el versículo 1) Todos los intentos de mortificar cualquier concupiscencia sin la fe en Cristo Jesús resultarán inútiles.

Cuando los judíos fueron convencidos de sus pecados en el día de Pentecostés y clamaron, "¿Qué haremos?" ¿Qué es lo que Pedro respondió? ¿Acaso les mandó directamente a mortificar su orgullo, su enojo, su malicia, su crueldad, etc.? No, Pedro sabía que ellos no necesitaban hacer eso. Lo que necesitaban era ser convertidos, arrepentirse de sus pecados y creer en Cristo Jesús (Vea Hech.2:38-39.) Pedro sabía que la primera necesidad del hombre es creer en Cristo crucificado, y si ellos hicieran esto, la verdadera humillación y mortificación vendrían después. Lo mismo era cierto durante el ministerio de Juan el Bautista. Los fariseos habían impuesto sobre el pueblo pesados deberes y métodos rígidos de mortificación, tales como los ayunos y los distintos lavamientos.

Sin embargo, Juan les predicó la necesidad urgente de conversión y arrepentimiento. (Vea Mat. 3:2, 8-10.)

El ministerio público de Cristo fue igual. El decía, "¿Acaso se recogen uvas de los espinos o higos de los abrojos?" (Mat. 7: 16) Los árboles pueden producir fruto solamente según su género, y así pues Cristo nos dice, "haced el árbol bueno y su fruto será bueno." (Mat.12:33) En otras palabras, es necesario tratar con la raíz. La naturaleza misma del árbol debe ser cambiada o será imposible que el árbol produzca fruto bueno.

Este hecho es tan básico pero a la vez tan importante, que debemos tomar el tiempo para considerar algunos peligros que surgen cuando este punto es descuidado o ignorado. Mencionaremos tres peligros:

1. **El peligro de ser desviado del deber principal del hombre. Cuando este hecho básico es ignorado o descuidado, existe el peligro de que la mente y el alma del hombre se preocupen por un deber el cual no es realmente su tarea principal.** El deber primario del hombre es el de arrepentirse y creer en el evangelio. Hasta que cumpla con esto, ningún otro deber puede tener importancia verdadera. Un hombre puede dedicar todos sus esfuerzos al intento de mortificar el pecado, cuando en realidad debería enfocar sus esfuerzos a obtener la fe salvadora en Cristo.
2. **El peligro del autoengaño. El deber de la mortificación es en sí mismo algo bueno, a condición de que sea realizado por aquellos que poseen la fe salvadora en Cristo.** El peligro es que una persona puede dedicarse a este deber y pensar que al hacerla, resulta agradable a Dios. Por ejemplo:

- a. **En vez de acudir al gran médico de las almas para ser sanado a través de su muerte en la cruz, un hombre puede ocuparse tratando de sanarse a sí mismo a través del deber de la mortificación.** “Y verá Efraín su enfermedad, y Judá su llaga; irá entonces Efraín a Asiria, y enviará al rey Jareb; mas él no os podrá sanar, ni os curará la llaga” (Oseas 5:13)
 - b. **Debido a que el deber de la mortificación parece ser una gran evidencia de la sinceridad, una persona puede ser endurecida por el y caer en una justicia propia, creyendo que su estado espiritual es bueno.**
3. **El peligro de ser desilusionados por la falta de éxito:** Un incrédulo puede sinceramente trabajar en este deber y sin embargo solo estar engañándose a sí mismo. Tarde o temprano descubrirá que su pecado no está siendo realmente mortificado y que él está simplemente cambiando una clase de pecado por otro. Entonces, se desesperará de nunca tener éxito y se entregará al poder del pecado.

Conclusión

La mortificación del pecado es la obra de la fe, el trabajo especial de la fe. Ahora, si hay una obra que solamente puede ser realizada en una forma específica, resulta necio tratar de hacerla en forma distinta. Es la fe lo que purifica el corazón (Hech.15:9), como Pedro lo dice: "habiendo purificado vuestras almas por la obediencia a la verdad, mediante el Espíritu. " (1 Pe. 1:22) Sin esta fe, el pecado no puede y no será mortificado. Lo que hemos escrito en este capítulo debería ser suficiente para confirmar la primera regla general de la mortificación:

Asegúrese de estar unido a Cristo por la fe, porque si usted intenta mortificar cualquier pecado sin esta unión, no tendrá éxito

Nota una posible objeción y algunas respuestas. Hay una objeción principal a esta primera regla de la mortificación, la cual puede ser expresada en la forma de la pregunta siguiente: ¿Qué debe hacer el hombre inconverso que ha sido convencido de la maldad de su pecado? ¿Debería tal persona dejar de luchar contra su pecado y vivir en la disolución, dando rienda suelta a sus concupiscencias y siendo tan mala como los peores hombres?

Ahora, la respuesta más corta a esta objeción es, "en ninguna manera". Enseguida daremos dos respuestas:

1. Primero, considere la sabiduría, bondad y amor divino manifiestos en las distintas maneras en que El detiene a los hombres y las mujeres para que no sean tan malos como pudieran ser, si no fuesen refrenados por El. Siempre cuando los inconversos son refrenados en su pecado, esto es el fruto de la providencia, la ternura y la bondad divinas, sin las cuales toda la tierra se convertiría en un infierno de pecado y confusión⁵.
2. Segundo, la mortificación del pecado es un deber que las personas no regeneradas son responsables de cumplir, pero no es su primer deber. Si un hombre está tapando un hoyo en la pared de su casa, no pensará que yo soy su enemigo si vengo a decirle que deje por el momento el hoyo, porque hay un incendio que amenaza con quemar toda la casa. Si un hombre tiene un dedo adolorido y también una fiebre intensa, debe tratar primero con la fiebre y luego con el dedo. Lo mismo es verdad en la esfera espiritual. No tiene caso cansarse peleando con algún pecado particular cuando el verdadero problema es una naturaleza pecaminosa que es esclava del pecado. Primero es necesario traer su naturaleza pecaminosa a Cristo, el gran médico. Entonces, cuando haya sido librado de la esclavitud de su naturaleza pecaminosa, entonces usted estará preparado para comenzar a mortificar los pecados particulares.

⁵ Aquí el autor se está refiriendo a la gracia común de Dios que refrena el pecado, manteniéndolo dentro de ciertos límites. Si no fuera por esta intervención divina, el mundo sería destruido por los hombres en forma inmediata.

CAPÍTULO 7: LA SEGUNDA REGLA GENERAL DE LA MORTIFICACIÓN

La primera regla trató con lo que una persona necesita ser, antes de poder cumplir con el deber de la mortificación del pecado. La segunda regla trata con la actitud necesaria para cumplir con este deber. Esta actitud puede ser resumida en la siguiente regla:

Usted no podrá mortificar ningún pecado, a menos que sincera y diligentemente intente tratar con todo pecado

Para decirlo en forma simple, no le ha sido dado al creyente la opción de decidir cuáles pecados en su vida necesitan ser mortificados. A menos que el creyente esté comprometido a tratar con todos y cada uno de los pecados en su vida, nunca tendrá éxito en la mortificación de uno de ellos. Déjeme explicarle lo que esto significa en una forma más detallada.

Un creyente es probado por un deseo pecaminoso, semejante a lo que fue descrito al principio del capítulo cinco. Este deseo pecaminoso inquieta al creyente (piense en el pecado que más le inquieta a usted). Este pecado le derrota repetidamente y le inquieta tanto que anhela: o la liberación completa de él. Pero no solamente esto, la creyente realmente lucha contra ese pecado, ora y se lamenta cuando es derrotado por él. Sin embargo, al mismo tiempo, hay otros deberes en la vida cristiana que no toma muy en serio. Puede dejar pasar muchos días sin disfrutar la comunión íntima con Dios. Puede leer su Biblia en una forma superficial, descuidando la meditación en la palabra de Dios y ocupando muy poco tiempo en la oración. Estos deberes cristianos descuidados o pobremente realizados son pecados (pecados de omisión), pero no le inquietan como el pecado del cual anhela ser librado. Ahora, el punto que estamos tratando de enfatizar es que este creyente no debería esperar la liberación de aquel pecado que verdaderamente le inquieta, hasta que comience a tratar los demás pecados con la misma seriedad.

Ahora ¿Por qué es así? Hay dos razones:

1. Primero, este intento de lograr una mortificación parcial está basado en un razonamiento falso. Sin aborrecimiento del pecado como pecado (no simplemente un aborrecimiento de sus consecuencias desagradables), y sin una conciencia del amor de Cristo en la cruz, no puede existir una verdadera mortificación espiritual del pecado. Ahora, esta clase de intento de mortificación, no da ninguna evidencia de ser motivada por el aborrecimiento del pecado como pecado, y tampoco por una conciencia del amor de Cristo. Más bien, el motivo simplemente es el amor propio. Un pecado particular ha inquietado la paz y el bienestar de esta persona, entonces pelea contra este pecado sólo para recuperar su bienestar. A tal persona, un pastor fiel tendría que decir: "Amigo, usted ha sido negligente en la oración y la lectura de la Biblia. Usted ha sido descuidado en cuanto a su testimonio hacia otros. Estos descuidos son igualmente pecado como el pecado que usted trata de vencer. Jesús murió por estos pecados también. ¿Por qué no ha hecho ningún esfuerzo para vencer también éstos? Si usted realmente odiara el pecado como pecado, sería tan cuidadoso contra todo aquello que apaga y entristece al Espíritu Santo, y no solo contra aquel pecado que inquieta y entristece su alma. ¿Acaso no puede ver usted, que su lucha con el pecado está centrada simplemente en su propia paz y bienestar? ¿Realmente piensa usted que el Espíritu Santo le ayudará a acabar con el pecado que le inquieta, cuando usted no manifiesta ninguna preocupación por tratar con los otros pecados que igualmente le contristan a El?" A pesar de lo que pudiéramos pensar, la obra de la mortificación que Dios requiere es un compromiso total para mortificar todo pecado. Si un creyente sinceramente intenta hacer lo que Dios requiere, entonces puede depender de la ayuda del Espíritu Santo. Si el creyente está preocupado solamente acerca de "su propia obra" (es decir, mortificar los pecados que le inquietan a él), entonces Dios le dejara luchar en base a su propia fuerza. El mandamiento dice: "limpiémonos de toda inmundicia de carne y de espíritu, perfeccionando la santificación en temor de Dios. " (2 Corintios 7: 1) Si hacemos algo, debemos tratar de hacer todo y no solamente una parte de la obra de la mortificación.
2. Segundo, en ocasiones Dios utiliza un fuerte deseo pecaminoso no mortificado en un creyente como un medio para disciplinarlo. Cuando un creyente se vuelve frío y negligente en sus deberes hacia Dios (vea Apo.3:6ss), Dios permite que un deseo pecaminoso se fortalezca en su corazón, para que se convierta en una plaga y una

carga para él. Esta puede ser una de las maneras en que Dios castiga a un creyente por su desobediencia, o por lo menos, una manera para despertarlo a fin de que considere sus caminos y sea conducido a una mortificación sincera del pecado. Un ejemplo parecido a esto puede ser visto en los tratos de Dios con Israel en los tiempos de los Jueces. (Vea por ejemplo Jueces 1:27–2:3, especialmente 2:3.)⁶

Conclusión a esta sección

Quien quiera que desee mortificar verdadera y correctamente cualquier concupiscencia molesta en su vida, debería tener cuidado de ser igualmente diligente en la obediencia a todos los deberes a los cuales Dios le llama. También, debería saber que cada deseo pecaminoso y cada omisión del deber son igualmente desagradables a Dios. Mientras que haya un corazón traicionero que está dispuesto a descuidar la necesidad de luchar para obedecer en todas las cosas, habrá un alma débil que no está permitiendo que la fe haga toda su obra. Cualquier alma que se encuentra en una condición tan débil, no tiene derecho de esperar tener éxito en la obra de la mortificación.

⁶ Cuando un creyente es tentado por algún deseo pecaminoso específico, tan fuerte que difícilmente sabe como controlarlo, esto es generalmente el resultado de haber caminado descuidadamente con Dios o por una falta de voluntad de tomar en serio las advertencias de la Escritura. A veces Dios usa "la plaga" de algún deseo pecaminoso particular para prevenir o curar algún otro mal. Este fue el propósito de Dios en permitir que el mensajero de Satanás inquietara a Pablo: "Y para que la grandeza de las revelaciones no me exaltase desmedidamente, me fue dado un aguijón en mi carne, un mensajero de Satanás que me abofetea, para que no me enaltezca sobremanera" (2Co 12:7 RV1960) En forma semejante, pudiera ser que Pedro fue abandonado para que negara a su Señor, como un medio para corregir su vana confianza en sí mismo.

CAPÍTULO 8: LA PRIMERA REGLA PARTICULAR PARA LA MORTIFICACIÓN

En los dos capítulos previos consideramos dos reglas generales para la mortificación de pecado. En este capítulo comenzaremos a considerar las reglas más específicas o las directrices que pueden ayudar al creyente en el deber de la mortificación. La primera de estas reglas sirve para preparar al creyente para la mortificación:

Necesitamos un diagnóstico cuidadoso del deseo pecaminoso que será mortificado

La primera cosa que un buen doctor hace cuando alguien viene a verlo para tratar alguna enfermedad es hacer una revisión cuidadosa de su paciente. Haciendo esto, el doctor trata de averiguar todos los síntomas relacionados con la enfermedad. Por ejemplo, tomará al paciente la temperatura, revisará su pulso y la presión sanguínea. Le hará preguntas acerca de cuándo comenzó la enfermedad. Se fijará en todos los síntomas, por ejemplo: el dolor, la inflamación, el sarpullido, las ronchas, etc... Con la ayuda de estos síntomas, el doctor encontrará la enfermedad exacta que necesita ser tratada. Esta parte es conocida como el diagnóstico. Un buen doctor jamás recetará pastillas simplemente porque el paciente tiene algún dolor. Él deseará saber qué es lo que está causando el dolor o la enfermedad, antes de recetar cualquier medicina.

En forma semejante, podemos pensar de los deseos pecaminosos como si fueran una enfermedad que necesita ser diagnosticada correctamente antes de que pueda ser tratada. Algunos tienen síntomas más graves que otros. Estos no serán mortificados con el mismo remedio usado para curar otro deseo pecaminoso que presenta síntomas menos graves. Esto nos conduce a considerar algunos de los síntomas preocupantes que nos indicarán si necesitamos un remedio más fuerte que lo normal.

1. **Un deseo pecaminoso firmemente establecido:** Un deseo pecaminoso al cual se le ha permitido corromper el corazón por un largo período de tiempo sin ningún intento vigoroso de mortificarlo o de sanar las heridas que ha causado, es un

síntoma peligroso. Tal deseo pecaminoso trae el alma a la condición lamentable que David lo describe “Hieden y supuran mis llagas, A causa de mi locura”. (Psa 38:5) En tal caso, el curso ordinario de humillación no será suficiente para mortificar este pecado. Este ha corrompido la conciencia hasta tal grado, que el deseo pecaminoso y la conciencia pueden vivir juntos, sin fijarse mucho uno en el otro. El deseo pecaminoso hace más o menos lo que quiere, y la conciencia apenas sabe lo que está pasando. En un tiempo pasado, la conciencia hubiera estado muy alarmada ante tal circunstancia, pero ahora está casi dormida. Tal deseo pecaminoso necesita ser tratado con la misma seriedad con la cual un buen doctor trata una herida antigua y descuidada. El doctor sabe que tales heridas siempre son peligrosas y frecuentemente fatales. Quizás el peligro de este deseo pecaminoso puede ser visto mejor considerando la siguiente solemne pregunta: ¿Cómo puede una persona estar segura de que su deseo pecaminoso firmemente establecido, no es en realidad el dominio del pecado, y que nunca ha sido realmente nacida de nuevo? Un deseo pecaminoso al cual se le ha permitido continuar quieto y cómodo es como el óxido en el metal; solo puede ser removido con gran dificultad. El deseo pecaminoso nunca muere por sí mismo; entonces, si no es mortificado diariamente simplemente se fortalecerá.

2. **Un corazón que quiere la paz sin una lucha.** Este es otro peligroso síntoma del poder de un deseo pecaminoso para corromper el corazón de un creyente. En este caso, ha capturado el corazón hasta tal punto que el corazón no quiere destruirlo pero quiere disfrutar la paz. Este síntoma puede ser reconocido en diferentes formas, pero vamos a limitarnos a mencionar dos ejemplos:

- a. **Primero, un creyente es trastornado en su mente por un deseo pecaminoso.** Su conciencia es inquietada y se siente infeliz. En vez de tomar la decisión de mortificar este deseo pecaminoso, el creyente busca en el corazón por otras evidencias que indiquen que es un cristiano verdadero. El hace esto con la esperanza de tener paz en su corazón por saber que es un cristiano, a pesar de que rehúsa mortificar este deseo pecaminoso. Cuando un síntoma como éste está presente en un creyente, ese creyente está en una condición espiritual peligrosa. Fue una condición espiritual como ésta lo que resultó en la ruina de muchos judíos en los tiempos de Jesús. Bajo la

predicación de Jesús, las conciencias de muchos judíos fueron inquietadas, pero en vez de reconocer y mortificar sus deseos pecaminosos, se aferraron a su posición como "hijos de Abraham", y pensaron que debido a esto serían aceptados por Dios. (Vea Jn.8:31-41.) Este es un síntoma peligroso de un corazón enamorado del pecado, un corazón que subestima el disfrute de la paz con Dios y las expresiones del amor divino. ¡Cuán corrupto es el corazón cuando muestra claramente que estará contento de permanecer como un creyente sin fruto, a condición de que pueda tener esperanza de escapar de la "ira venidera"! ¡Cuán trágico es cuando un creyente puede estar contento de vivir a una distancia de Dios, a condición de que no sufra una separación final! ¿Qué debemos esperar de un corazón como éste?

b. **Segundo, igual como en el primer ejemplo, tenemos un creyente inquieto en su mente por un deseo pecaminoso.** Su conciencia está trastornada y se siente infeliz. En este caso, en vez de tomar la decisión de mortificar su deseo pecaminoso, la creyente busca remover la angustia de su alma, apelando a la gracia y a la misericordia divinas. Esto es como si el creyente pidiera (igual como Naamán adorando en el templo de Rimón) "en todas las demás cosa andaré con Dios, pero en esta cosa, Jehová perdone en esto a tu siervo". (2 Rey. 5: 18) Tal conducta es totalmente inconsistente con la sinceridad cristiana, y normalmente es una evidencia fuerte de que la persona que se comporta así, es un hipócrita. Sin embargo, no hay duda de que algunos de los verdaderos hijos de Dios pueden ser atrapados por este engaño pecaminoso. Siempre cuando el corazón de un "creyente" gusta secretamente algún pecado, de tal forma que el creyente está dispuesto a aliviar su angustia en alguna forma que no sea la mortificación y el perdón por la sangre de Cristo, entonces las llagas de ese hombre están "pudriéndose y corrompiéndose". A menos que haya un remedio urgente, ese hombre está muy cerca de la muerte espiritual.

3. **Un deseo pecaminoso que tiene éxito frecuentemente.** Cuando un deseo pecaminoso tiene éxito frecuentemente en obtener el consentimiento de la voluntad para hacer lo que quiere, este es otro síntoma peligroso. Este síntoma necesita una explicación más amplia: Cuando un deseo pecaminoso específico obtiene el

4. **El uso de motivos legales para pelear contra el deseo pecaminoso.** Cuando el único motivo de mortificar el pecado es el temor de las consecuencias, éste es un síntoma muy peligroso de una condición espiritual no saludable. Existen motivos cristianos correctos para mortificar el pecado. Por ejemplo, José razonó: "¿Cómo, pues, haría yo este grande mal y pecaría contra Dios?" (Génesis 39:9) Fue el amor por un Dios de gracia y bondad lo que motivó a José. En forma semejante el apóstol razona, "el amor de Cristo nos constriñe." (2 Cor.5:14) .Cuando un hombre es motivado a oponerse al pecado simplemente por el temor de la vergüenza ante los hombres, o el castigo del infierno es una señal segura de que su corazón esta lejos de tener una condición saludable.⁸
5. **Cuando Dios usa un deseo pecaminoso para disciplinar:** Aunque Dios a veces usa un fuerte deseo pecaminoso no mortificado para disciplinar a un creyente, ésta puede ser también la forma en que Dios trata con un incrédulo. Por lo tanto, cuando un creyente tiene motivos para creer que Dios le está disciplinando en esta manera, entonces debe juzgar este síntoma como serio y peligroso. No debería descansar hasta que haya tratado con la causa de su disciplina. Esto sugiere la pregunta: ¿Cuándo puede un creyente saber si un fuerte deseo pecaminoso en su vida está

⁷ Una razón por la cual un deseo pecaminoso puede tener éxito frecuentemente, aún en una creyente verdadera, es debido a que le toma por sorpresa. Ningún creyente debería pensar que esto minimice el peligro de su condición espiritual. El creyente no debería ser tomado por sorpresa, porque esto pudiera evitarse llevando a cabo el deber de velar y orar.

⁸ El argumento principal que Pablo usa para mostrar que el pecado no tendrá el dominio sobre los creyentes es que "no están bajo la ley, sino bajo la gracia" (Rom.6: 14). Si usted pelea contra el pecado motivado solamente por los principios de la ley, entonces ¿Cuál seguridad tiene que el pecado no lo dominará y le causará la ruina? Si los deseos pecaminosos de una persona le han conducido a abandonar los remedios evangélicos contra él, entonces no hay esperanza alguna de que los remedios basados en la ley tendrán algún éxito.

siendo usado por Dios para disciplinario? La respuesta es: Examine su corazón y sus caminos. ¿Cuál era el estado y la condición de su corazón antes de que se enredara con el deseo pecaminoso que le está inquietando ahora? ¿Estaba descuidando sus deberes cristianos? ¿Estaba viviendo con mucha preocupación por su propio bienestar y muy poca por los demás? ¿Estaba viviendo bajo la culpa de algún pecado grave del cual no se había arrepentido? ¿Había recibido alguna misericordia especial, protección o alivio sin haber aprovechado el beneficio como debiera, o sin estar agradecido? ¿Había sido ejercitado por alguna aflicción pero sin haber averiguado el propósito divino en ella? ¿Acaso le había dado Dios en su providencia algunas oportunidades para glorificarlo pero usted no las aprovechó? Estas son algunas de las preguntas que usted debería hacerse. Si se siente convicto por alguna de ellas, arrepíentase y busque el perdón de Dios.

6. **Cuando un deseo pecaminoso ha resistido los tratos especiales de Dios.** Un ejemplo de esta condición es descrita en Isaías 57: 17: "Por la iniquidad de su codicia me enojé, y le herí, escondí mi rostro y me indigné; y él siguió rebelde por el camino de su corazón". Dios había tratado con el deseo pecaminoso de su codicia en dos formas diferentes, pero este pueblo estaba tan enamorado de su pecado que no le hicieron caso. Esta es una condición muy seria. Solamente la gracia soberana de Dios (tal como el siguiente versículo lo expresa "...pero lo sanaré") puede tratar con una condición de esta índole. En una forma semejante Dios trata con los distintos deseos pecaminosos de su pueblo en todas las edades. Dios hace esto especialmente a través su Palabra por el poder convincente de su Espíritu (cuando la Palabra es leída o predicada). Cuando un deseo pecaminoso tiene control sobre un hombre de tal modo que puede no hacer caso de este poder convincente y continúa sin haber mortificado su pecado, entonces, está en una condición peligrosa. Estos síntomas y otros que no hemos mencionado, son evidencias de un deseo pecaminoso que es peligroso, si no es que mortal. Tales deseos pecaminosos no pueden ser mortificados en una manera ordinaria. Es necesario un remedio más poderoso.

Una palabra de advertencia

Aunque estos síntomas preocupantes que hemos mencionado pueden estar presentes en la vida de un creyente verdadero, ninguno que tiene estos síntomas tiene el derecho de "suponer" que es un creyente verdadero debido a la presencia de estos síntomas. Una persona pudiera concluir que es un creyente verdadero aunque fuera un adúltero, porque David quien fue un creyente verdadero, también fue una vez adúltero. Solamente un necio se pondría a argumentar en la siguiente forma: "Un hombre sabio puede estar enfermo y herido, sí, y aún puede hacer algunas cosas tontas; por lo tanto, cada uno que está enfermo y herido y hace algunas cosas tontas, es un hombre sabio."

¡No! Aquel que tiene tales síntomas pudiera concluir con seguridad: "Si soy un creyente verdadero, soy un creyente muy pobre y miserable." Si tal persona es un creyente verdadero, no puede tener ninguna paz verdadera mientras que permanezca contenta con tal condición.

CAPITULO 9: LA SEGUNDA REGLA PARTICULAR PARA LA MORTIFICACIÓN

En el capítulo anterior tratamos con una regla preparatoria para el deber de la mortificación. Antes de que la mortificación pueda ser realizada, debe haber un diagnóstico cuidadoso del deseo pecaminoso que se va a mortificar. ¿Ya ha hecho usted esto? Una vez que esto ha sido hecho y solamente hasta entonces, estaremos listos para pasar a la segunda regla particular para la mortificación, que es la siguiente: Esfuércese para llenar su mente con una clara y constante conciencia de la culpa, el peligro y la maldad del deseo pecaminoso que le está afectando.

La culpa de su deseo pecaminoso

El creyente debe rehusar ser atrapado por los razonamientos engañosos de su deseo pecaminoso. Este siempre tratará de excusarse y de minimizar su propia culpa. El deseo pecaminoso siempre razonará en la siguiente manera: "Quizás esto sea malo, pero ¡hay cosas que son peores! Otros creyentes no han meramente pensado en estas cosas, sino que las han hecho, etc."

En una infinidad de formas, el pecado tratará de desviar la mente de un entendimiento correcto de su culpa. Como el profeta nos dice: "Fornicación, y vino, y mosto quitan el juicio." (Oseas 4: 11) En la misma manera en que estos deseos pecaminosos logran un pleno éxito quitando el juicio en los no creyentes, así también lograrán hasta cierto punto tener éxito en los creyentes.

En Proverbios encontramos una descripción triste de un joven que fue seducido por una prostituta. A este joven le faltó "entendimiento" (Prov. 7:7). ¿Cuál fue exactamente "el entendimiento" que le faltó? La respuesta es que, él no sabía que cediendo ante su concupiscencia, esto le costaría la vida (Prov.7:23). El no consideró la culpa del pecado en que se estaba involucrando.

Si nosotros queremos mortificar el pecado, debemos percatarnos plenamente de que el pecado tratará de minimizar la conciencia de nuestra culpa. Entonces, debemos tratar de

tener fijo en nuestra mente, un entendimiento correcto de la culpa de nuestro pecado. Hay dos cosas en que debemos pensar para ayudarnos en esto:

1. **Primero, el pecado de un creyente es mucho más grave que el de un incrédulo.**

La gracia de Dios que obra en el creyente debilitará el poder del pecado a fin de que ya no se enseñoree de él como lo hace en los inconversos. (Vea Rom.6: 14-16.) No obstante, al mismo tiempo, la culpa del pecado que permanece en el creyente es más grave por el hecho de que el creyente ¡peca contra la gracia! "¿Qué, pues, diremos? ¿Permaneceremos en el pecado para que abunde la gracia? ¡De ninguna manera! Porque los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos todavía en él?" (Romanos 6: 1-2) En este texto el énfasis cae sobre la palabra "nosotros". ¿Cómo pecaremos "nosotros"? Sin lugar a dudas, somos más malvados que los demás si lo hacemos. Porque pecamos contra el amor de Dios y contra su misericordia. Pecamos a pesar de las promesas de ayuda para derrotar al pecado. Podría decirse mucho más, pero deje que esta consideración final sea impresa en su mente: Hay más maldad y culpa en los remanentes de pecado que permanecen en el corazón de los creyentes, de la que habría en la misma medida de pecado en un corazón sin la gracia de Dios.

2. **Segundo, piense acerca de cómo Dios ve su pecado.** Dios ve en el anhelo hacia la santidad que la gracia ha producido en el corazón de cualquiera de sus siervos, más belleza y excelencia que la que ve en las obras más gloriosas realizadas por los hombres que están destituidos de la gracia de Dios. Sí, y aún Dios ve más belleza y excelencia en estos anhelos internos, que la observada en sus actos externos. Esto es debido a que casi siempre hay una mayor mezcla de pecado en los actos externos, que en los deseos y anhelos internos de un corazón que ha sido regenerado. Por otra parte, Dios ve una gran medida de maldad en los deseos pecaminosos de un creyente. Dios ve más maldad en el deseo pecaminoso de un creyente de la que ve en los actos abiertos y escandalosos de los hombres malvados. Aún ve más maldad en los deseos pecaminosos, que en los pecados externos en los cuales muchos de sus hijos caen. ¿Por qué es así? Esto es debido a que Dios ve que hay más oposición interna en los creyentes (del Espíritu Santo y la nueva naturaleza) en contra del pecado, y generalmente más humillación a causa del pecado. Esto es el porque Cristo trata con el enfriamiento espiritual en sus hijos, yendo a la raíz del problema

y sacando a la luz su verdadero estado. (Vea Apo.3:15) Lector, usted debería dejar que estas y otras consideraciones similares, le guíen a una clara consciencia de la culpa de sus deseos pecaminosos internos. No subestime ni trate de excusar su culpa en esto, o sus deseos pecaminosos se fortalecerán y prevalecerán sin que usted se percate de ello.

El peligro de sus deseos pecaminosos

Hay muchos peligros que deben ser considerados, pero solamente señalaremos cuatro de ellos:

1. **El peligro de ser endurecido.** Considere la advertencia hecha en Hebreos 3:12-13, "Mirad, hermanos, que en ninguno de vosotros haya corazón malo de incredulidad para apartarse del Dios vivo: Antes exhortaos los unos á los otros cada día, entre tanto que se dice Hoy; porque ninguno de vosotros se endurezca con engaño de pecado". En estas palabras, el escritor exhorta solemnemente a sus lectores a que hagan todo lo posible para evitar el ser ¿endurecidos con el engaño del pecado". El endurecimiento mencionado aquí, es la apostasía total, un endurecimiento que conduce a la persona a "apartarse del Dios vivo". En un grado mayor o menor, cualquier deseo pecaminoso no mortificado tiende a producir este endurecimiento. Los lectores de estas palabras pudieran haber sido en un tiempo, muy tiernos hacia Dios y frecuentemente afectados o movidos en sus corazones por su palabra. Pero ahora, lamentablemente, las cosas han cambiado y ahora usted puede pasar por alto los deberes de la oración, la lectura y el escuchar la palabra de Dios sin preocuparse mucho. Oh lector, tenga cuidado si esta es la verdad acerca de usted. Esta condición puede empeorarse mucho. No es suficiente hacer que su corazón tiemble ante la posibilidad de endurecerse y tomar el pecado a la ligera. No es suficiente temblor ante el peligro de considerar ligeramente la gracia y la misericordia divinas, la sangre preciosa de Cristo, la ley de Dios, el cielo y el infierno. Lector, tenga mucho cuidado, porque esto es exactamente lo que el pecado no mortificado hará en su vida si no es refrenado. ~
2. **El peligro de sufrir un gran castigo temporal.** Aunque Dios jamás abandonará completamente a uno de sus hijos por fallar en la mortificación de sus pecados,

puede disciplinarlos o castigarlos ocasionándoles mucho dolor y tristeza. "Si dejaren sus hijos mi ley, Y no anduvieren en mis juicios; Si profanaren mis estatutos, Y no guardaren mis mandamientos; Entonces visitaré con vara su rebelión, Y con azotes sus iniquidades. " (Salmos 89:30-32) Piense en David y en todas las aflicciones que experimentó porque falló en la mortificación de su deseo pecaminoso hacia Betsabé. ¿Acaso no le importa que su falla en mortificar todo pecado en su vida le pudiera traer dolorosos castigos, que podrían continuar con usted hasta la sepultura? Si usted no tiene ningún temor de sufrir algo así, entonces, usted tiene motivos para sospechar que su corazón ya haya sido endurecido.

3. **El peligro de perder la paz y la fortaleza de por vida.** La paz con Dios y la fortaleza para andar con El son esenciales para la vida espiritual del alma. Sin un disfrute de estas cosas en cierta medida, vivir es morir. Cuando una persona (un creyente) persiste en dejar sus deseos pecaminosos como no mortificados, tarde o temprano, será privado de estas dos bendiciones mencionadas. ¿Cuál paz o fortaleza puede disfrutar el alma cuando Dios dice, "Por la iniquidad de su codicia me indigné y lo golpeé. Escondí mi rostro y me indigné"? (Isaías 57:17) En otro texto Dios dice: "Andaré, y tornaré á mi lugar hasta que reconozcan su pecado, y busquen mi rostro."(Oseas 5:15) Entonces, cuando Dios hace esto ¿Qué sucederá con su paz y su fortaleza? Lector, piense, que quizás pudiera ser que dentro de muy poco tiempo ya no verá el rostro de Dios en paz. Quizás para mañana usted ya no será capaz de orar, leer o escuchar la palabra, ni llevar a cabo ningún deber espiritual con alegría, vida y vigor espiritual. Quizás Dios disparará sus saetas contra usted y le llenará con angustia, temor y perplejidad. Considere esto por un momento; aunque Dios no le destruirá totalmente, sin embargo, le puede poner en un estado en donde usted sienta que esto es lo que le ocurrirá. No deje de considerar este peligro, hasta que su alma tiemble dentro de sí.
4. **El peligro de la destrucción eterna.** Hay una relación tan íntima entre la persistencia en el pecado y la destrucción eterna, que mientras que una persona permanezca bajo el poder del pecado, debemos advertirle acerca del peligro de la destrucción y la separación eterna de Dios. El hecho de que Dios ha determinado librar a algunos de que continúen en el pecado (para que sean salvos de la destrucción), no cambia el siguiente hecho; que Dios no librará de la destrucción a

ninguno que continúe en el pecado. La regla de Dios es muy clara: "No os engaños: Dios no puede ser burlado: que todo lo que el hombre sembrare, eso también segará. Porque el que siembra para su carne, de la carne segará corrupción..." (Gálatas 6:7-8) Entre más claramente reconozcamos la realidad de que el pecado no mortificado nos conducirá a la destrucción eterna, más claramente veremos el peligro de permitir que cualquier pecado en nuestra vida quede sin ser mortificado. El deseo pecaminoso es un enemigo que nos destruirá, si nosotros no lo destruimos primero. Deje que esta realidad penetre profundamente en su alma. No se contente hasta que su alma tiemble ante la realidad de que un enemigo vive dentro de usted y le destruirá, a menos que usted lo destruya primero.

La maldad de su concupiscencia

El peligro de algo tiene que ver con una posibilidad futura, pero la maldad de ese algo, tiene que ver con el presente. Hay muchas maldades relacionadas con el pecado no mortificado, pero nos fijaremos solamente en tres de ellas:

1. **El pecado no mortificado contrista al bendito Espíritu Santo de Dios.** Uno de los grandes privilegios que los creyentes tienen es que el Espíritu Santo mora dentro de ellos. Debido a esto, los creyentes son especialmente exhortados en Efesios 4:25-29, a abstenerse de una variedad de deseos pecaminosos y motivados a hacerla por las siguientes palabras: " Y no contristéis al Espíritu Santo de Dios, con el cual estáis sellados para el día de la redención." (Efesios 4:30) De la misma manera en que una persona amable y tierna es entristecida por la falta de bondad de un amigo, así también el Espíritu Santo es contristado cuando un creyente permite que los deseos no mortificados vivan en su corazón. El Espíritu Santo ha escogido nuestros corazones como su morada. El ha venido a morar en nosotros, para hacer todo el bien que pudiéramos desear. El Espíritu Santo es contristado cuando un creyente comparte su corazón (el corazón que el Espíritu ha venido a poseer) con sus enemigos (es decir, con nuestros deseos pecaminosos). Estos son los mismos enemigos que El ha venido a ayudarnos a destruir. Oh creyente, considere qué y quién es usted; considere quién es el Espíritu que es entristecido; considere qué es

lo que El ha hecho y lo que pretende hacer para usted. Avergüéncese de cada pecado no mortificado al que usted permite contaminar Su templo.

2. **El pecado no mortificado hiere nuevamente al Señor Jesús.** Cuando un pecado permanece como no mortificado en el corazón de un creyente, entonces la nueva creación en Cristo en ese corazón es herida, su amor es frustrado y su enemigo complacido. Tal como el abandono total de Cristo (la apostasía) debida al engaño del pecado significa "crucificar de nuevo al Hijo de Dios y exponerle al vituperio" (Heb.6:6), así también abrigar el pecado que el vino a destruir, le hiere y le contrista.
3. **El pecado no mortificado hace inútil al creyente.** El pecado no mortificado normalmente produce una enfermedad espiritual en la vida de un creyente. Su testimonio casi nunca es usado ni bendecido por Dios. Muchos creyentes permiten que los deseos pecaminosos que destruyen el alma vivan en sus corazones. Estos, como los gusanos, comen las raíces de su obediencia, la corrompen y la debilitan día tras día. Todas las gracias espirituales, todos los medios por los cuales las gracias pueden ser ejercitadas y mejoradas; son impedidas por el pecado no mortificado. Dios mismo rehusará concederle a esta persona el éxito espiritual. Es decir, todos sus intentos para servir a Dios serán frustrados. Conclusión: Nunca olvide la culpa, el peligro y la maldad del pecado. Piense mucho acerca de estas cosas. Permita que llenen su mente hasta que provoquen que su corazón tiemble.

CAPITULO 10: CINCO REGLAS PARTICULARES ADICIONALES PARA LA MORTIFICACIÓN

¿Qué significa esto y cómo puede ser hecho? Significa que usted debe hacer más que simplemente reconocer la culpa de su deseo pecaminoso. Usted debe inquietar su conciencia con la culpa de su particular deseo pecaminoso. ¿Como puede usted hacer esto? Vamos a señalar dos formas generales y dos formas específicas de hacerlo.

Regla 3: Inquite su conciencia con la culpa de sus deseos pecaminosos.

1. Dos formas generales.

- a. Exponga su conciencia a la luz escudriñadora de la ley de Dios. Ore por la obra de convicción del Espíritu Santo a fin de que El use la ley de Dios para convencerle de la grandeza de su culpa. Permita que el terror de la ley de Dios penetre profundamente en su conciencia. Piense en cuán justo sería Dios si castigara cada una de las transgresiones que usted ha cometido contra su santa ley. No permita que su corazón engañoso argumente que la ley de Dios no le puede condenar, debido a que usted "no está bajo la ley sino bajo la gracia" (Rom.6: 14). Diga a su conciencia que mientras que el pecado no mortificado permanezca en su corazón, usted no puede tener una seguridad verdadera de ser libre de su poder condenatorio. Dios ha dado la ley para condenar el pecado donde quiera que éste se encuentre. La ley de Dios tiene el propósito de descubrir la culpa del pecado de los creyentes, tanto como lo hace con la culpa y el pecado de los incrédulos. La ley de Dios tiene el propósito de despertar a los creyentes para que vean la culpa de sus pecados y para que se humillen a sí mismos y traten con él. La renuencia a permitir que la ley inquiete su conciencia no es una buena señal. Más bien, es un triste indicativo de la dureza de su corazón y de la naturaleza engañosa del pecado. Tenga cuidado de pensar que la liberación del castigo de la ley divina, signifique que la ley ya no sirva como una guía para su vida o para exponer su pecado. Este es un error peligrosísimo que ha arruinado a

muchos que profesan ser creyentes. Si usted afirma que pertenece al Señor, rehusé pensar de esta manera. Más bien, persuada a su conciencia a escuchar cuidadosamente lo que la ley de Dios dice acerca de sus deseos y sus caminos pecaminosos. ¡Oh! Si usted hiciera esto, le conduciría a temblar y a arrodillarse ante Dios. Si usted realmente quiere hacer morir sus deseos pecaminosos, permita que la ley de Dios inquiete su conciencia, hasta que usted sea convicto de la terrible culpa de sus deseos pecaminosos. No se contente hasta que pueda decir juntamente con David en su arrepentimiento: "Reconozco mis rebeliones y mi pecado está siempre delante de mí." (Sal. 51:3)

- b. **Permita que el evangelio condene y mortifique sus deseos pecaminosos. Piense cuánto debe al evangelio.** Dígase a sí mismo: "Dios me ha mostrado tanta gracia, amor y misericordia y yo ¿cómo he respondido?" He menospreciado y pisoteado su bondad para conmigo. ¿Es de esta manera como demuestro mi agradecimiento por el amor del Padre y la sangre de su Hijo? ¿Cómo pude contaminar mi corazón el cual Cristo murió para limpiar y en el cual el bendito Espíritu vino a morar? ¿Qué puedo decir a mi querido Señor Jesús? ¿Es mi comunión con El de tan poco valor, que puedo permitir que mi corazón se llene tanto con deseos pecaminosos, que casi ya no queda ningún lugar para El? ¿Cómo puedo entristecer cotidianamente al Espíritu Santo, Quien me ha sellado para el día de la redención? (Ef.4:30) Considere estas cosas cada día y con la ayuda del Espíritu Santo se disgustará con la vileza de sus deseos pecaminosos y deseará mortificarlos.

2. Dos formas específicas.

- a. **Piense acerca de la infinita paciencia y longanimidad de Dios para con usted.** Piense cuán fácilmente Dios le pudiera haber expuesto a la vergüenza y el reproche en este mundo. Y no obstante, en su misericordia El ha encubierto su pecado de los ojos del mundo y frecuentemente le ha detenido de pecar abiertamente. Cuán fácilmente Dios pudiera haber terminado su vida pecaminosa y haberlo enviado al infierno. A pesar de su bondad para con usted en estas maneras, usted ha continuado dejando que sus deseos pecaminosos hagan lo que quieran. Cuán frecuentemente usted ha

- b. **Piense acerca de como Dios en su gracia, ha tenido misericordia de usted repetidas veces.** Piense que tan seguido la misericordia de Dios le ha salvado de ser endurecido por el engaño de pecado. Piense acerca de cuántas veces usted ha encontrado que su vida espiritual se ha enfriado; piense en los tiempos cuando su deleite en los caminos de Dios, en la oración, en la meditación sobre la palabra y la comunión con el pueblo de Dios casi se han desvanecido. Piense en las ocasiones cuando en varias formas usted se ha alejado de Dios, y sin embargo, Dios le ha rescatado y restaurado. Piense de la muchedumbre de asombrosas providencias que Dios ha obrado en su vida. Piense en las pruebas que Dios ha convertido en bendiciones y las pruebas de las cuales le ha librado. Piense en todas las formas en que Dios le ha bendecido. Después de todas estas muestras de la gracia de Dios hacia usted, ¿Puede continuar permitiendo que los deseos pecaminosos endurezcan su corazón en contra de la gracia? Inquiete su conciencia con la ayuda de tales pensamientos y no se detenga hasta que su corazón sea afectado por su culpa. Hasta que esto suceda, usted nunca hará ningún esfuerzo vigoroso para mortificar el pecado. Hasta que esto sea hecho, no habrá ningún motivo poderoso que le impulse a ocuparse en la próxima regla.

Regla 4: Esfuércese para desarrollar un anhelo continuo por la liberación del poder de sus deseos pecaminosos

Este anhelo por la liberación es en sí mismo una gracia que tiene poder para ayudarlo a lograr lo que está anhelando. Por ejemplo, cuando el apóstol Pablo describe el arrepentimiento y la tristeza según Dios de los corintios, él usa la expresión "qué ardiente afecto (gran deseo)" (2 Cor 7: 11). Tenga por cierto que, a menos que usted anhele la liberación, usted nunca la obtendrá. Un fuerte deseo es la esencia de la oración verdadera. Un fuerte deseo enfocará su fe y su esperanza en la liberación de Dios. Siga clamando a Dios por esta gracia de un constante anhelo, hasta que reciba la liberación.

Regla 5: Aprenda a reconocer que algunos de sus deseos pecaminosos están arraigados en su propia naturaleza

La tendencia hacia ciertos pecados está arraigada en su naturaleza pecaminosa. Por ejemplo, algunas personas tienen mayor dificultad para controlar su temperamento, más que otras. Algunas personas tienen una tendencia natural a comer demasiado, a la flojera o algún otro comportamiento pecaminoso. Esto significa, que usted necesita saber la tendencia pecaminosa que están arraigadas en su propia naturaleza. Estas tendencias no deberían ser excusadas diciendo: "Así soy" o "Así es mi naturaleza". No, usted debe reconocer la culpa de tener estas tendencias pecaminosas y forzarse para vencerlas.

Un remedio que debería ser aplicado para contrarrestar tales tendencias pecaminosas, es el que el apóstol Pablo usó en 1 Cor.9: 27, "Más bien, pongo mi cuerpo bajo disciplina y lo hago obedecer". En otras palabras, usted pone los apetitos del cuerpo bajo control, con la ayuda de Dios, por medio de la oración y en ocasiones el ayuno. Esto no debería ser confundido con la frase "duro trato del cuerpo" que es condenado por el mismo apóstol en (1 Cor.9:23). No, esta es una humillación voluntaria de su alma, usando el medio divino del ayuno y la oración, dependiendo de la bendición del Espíritu de Dios, para debilitar los deseos pecaminosos que están arraigados En su naturaleza.

Regla 6: Vele y guarde su alma contra todas las cosas que usted conoce que estimularían sus deseos pecaminosos

Vea por favor mi libre sobre el tema de la tentación, donde esta regla es tratada con detalle. Por el momento simplemente nos fijaremos en las palabras del Rey Da-vid, "me he

guardado de mi maldad." (Sal.18:23) David velaba todos los caminos y las maquinaciones de sus deseos pecaminosos, para prevenirlos y pelear en su contra. Usted debe hacer lo mismo. Esto significa que usted debería pensar acerca de las circunstancias que normalmente estimulan sus deseos pecaminosos y hacer todo lo posible para evitar tales situaciones. Por ejemplo, si usted sabe que con ciertas compañías sus deseos pecaminosos son estimulados, entonces, usted debe tratar de evitar esa compañía. Si el deber exige que usted tenga contacto con esas personas, debería ser muy cuidadoso.

Si usted sufre de una enfermedad, es muy sabio evitar cualquier cosa que pudiera empeorarlo. Ahora, si usted tiene tanto cuidado de su salud física, cuánto más debería tenerlo para su salud espiritual. Recuerde, que aquel que se atreve a jugar con las oportunidades de pecar, también se atreverá a pecar. La manera de evitar el adulterio con una prostituta es: "Aleja de ella tu camino, y no te acerques a la puerta de su casa..." (Prov.5:8)

Regla 7: Pelee con sus deseos pecaminosos tan pronto como comiencen

Si usted viera una chispa salir de la chimenea hacia la alfombra, usted la aplastaría inmediatamente. No le daría la oportunidad de prender la alfombra y quemar toda su casa. Trate con los deseos pecaminosos en la misma manera. Considere hasta cual punto un pensamiento impuro puede conducirle. Si este pensamiento no es refrenado, tarde o temprano, los hechos impuros le seguirán. Pregunte a la envidia hacia donde quiere ir. Asegúrese de que la envidia no refrenada, tarde o temprano, le conducirá al homicidio y la destrucción. Si usted no refrena el pecado desde el principio, es muy improbable que pueda frenarlo después. Si usted le da al pecado una pulgada de espacio, entonces le exigirá una milla. Es imposible fijarle límites al pecado. Es como el agua de un río, que una vez que se ha desbordado, tomará su propio curso. "El que comienza la discordia es como quien suelta las aguas; Deja, pues, la contienda, antes que se enrede." (Proverbios 17: 14)

CAPÍTULO 11: MEDITANDO SOBRE LA EXCELENTE MAJESTAD DE DIOS

Regla 8: Medite sobre la excelente majestad de Dios.

Esta es la manera para humillarse a sí mismo y ver que tan vil es usted. Cuando Job realmente vio la grandeza y la excelencia de Dios entonces confesó: "De oídas te había oído; Mas ahora mis ojos te ven. Por tanto me aborrezco, y me arrepiento En el polvo y en la ceniza." (Job 42:5-6) La Escritura nos muestra muchos ejemplos semejantes de hombres piadosos que fueron grandemente humillados y abrumados cuando Dios les reveló algo de su grandeza y de su excelencia (por ejemplo: Isaías, Pedro y Juan). Si usted toma en serio la forma en que la palabra de Dios compara los hombres de este mundo con "langostas", con "menos que nada" y como "cosa vana" (vea Isa.4:12-25), entonces esto le ayudará mucho a mantenerse humilde. Un espíritu verdaderamente humillado le ayudará mucho en sus esfuerzos para mortificar el pecado. Entre más que medite sobre la grandeza de Dios, más sentirá la vileza de sus deseos pecaminosos.

Una cosa que le ayudará a meditar sobre la grandeza de Dios, es sencillamente reconociendo ¡qué tan poco sabe usted de El! Usted puede saber lo suficiente de Dios para mantenerse humilde, pero cuando usted hace un recuento, resulta que usted sabe todavía muy poco acerca de El. Esto es lo que le hizo a Agur (el "autor humano" de Prov.30: 1-4) darse cuenta cuán "ignorante" era de Dios. Entre más que usted se percate de qué tan poco conoce a Dios, más humillado será el orgullo de su corazón.

Comience pensando acerca de su ignorancia de Dios, fijándose en cuán ignorantes son aún los hombres más piadosos en su conocimiento de El. Piense acerca de Moisés quien rogaba a Dios que le "mostrará su gloria" (Ex.33:18). Dios le mostró algunas de las cosas más gloriosas acerca de sí mismo (vea Ex.34:5-7), pero estas cosas eran tan solo "las espaldas" de El y Dios le dijo: "No podrás ver mi rostro; porque no me verá hombre y vivirá." (Ex.33:20) Algunas personas pudieran pensar que desde que Cristo Jesús vino, nuestro conocimiento de Dios ha crecido mucho más que el que tuvo Moisés. Hay algo de verdad

en esto, pero es igualmente cierto, que a pesar de la revelación de Dios en Cristo Jesús, los creyentes más piadosos solamente ven "las espaldas" de Dios.

El apóstol Pablo, quien probablemente vio la gloria de Dios más claramente que ninguno (vea 2 Cor.3: 18), solamente pudo ver a través de un espejo (I Cor.13: 12). Pablo compara todo su conocimiento de aquel instante, con el tipo de conocimiento que tenía cuando era un niño. Usted pudiera amar, honrar, creer y obedecer a su Padre celestial y El aceptará sus pensamientos infantiles; porque esto es lo que son, pensamientos infantiles. No importa cuánto hayamos aprendido de El, aún todavía conocemos muy poco. Algún día conoceremos mucho más de lo que podríamos conocer ahora, pero en el presente, aún aquellos que ven más claramente la gloria de Dios, solamente ven en forma borrosa aquella gloria.

Cuando la reina de Seba, quien había escuchado mucho acerca de la grandeza del rey Salomón, por fin vio esta grandeza con sus propios ojos y se vio obligada a confesar: "Ni aún se me dijo la mitad." (1 Rey. 10:7) Quizás imaginemos que nuestro conocimiento de Dios es bueno, pero cuando seamos llevados a su presencia, entonces clamaremos: "Nunca le conocimos tal como es, ni siquiera una milésima parte de su gloria, perfección y bienaventuranza habían entrado en nuestros corazones."

Muchas de las cosas que creemos acerca de Dios son ciertas; el problema es que no podemos entenderlas completamente. No podemos comprender del todo a un Dios "invisible". Por ejemplo, ¿Quién puede entender la descripción que nos es dada en 1 Tim.6:16, "el único que tiene inmortalidad, que habita en luz inaccesible; a quien ninguno de los hombres ha visto ni puede ver"? La gloria de Dios es tan grande que ninguna criatura puede mirarla y vivir. Dios se describe a sí mismo en estas maneras para ayudarnos a ver cuán diferente es de nosotros, y para mostrarnos lo poco que conocemos acerca de El como realmente es.

Piense en la eternidad de Dios: Un Dios que no tuvo principio y que no tendrá fin. Podemos creer esto pero ¿quién puede realmente entender la eternidad? Lo mismo es cierto en cuanto al misterio de la Trinidad. ¿Cómo puede Dios ser uno y a la vez tres; un solo Dios y sin embargo tres personas distintas en la misma esencia? Nadie puede entender esto. Esta es la razón por la cual muchos rehúsan creerla. Por la fe podemos creer el misterio de la Trinidad, pero ningún creyente realmente lo entiende.

No solamente entendemos muy poco acerca del ser de Dios, sino también entendemos muy poco de sus caminos. Dios dice: "Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos, dijo Jehová. Como son más altos los cielos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos más que vuestros pensamientos." (Isaías 55:8-9) El apóstol Pablo escribe algo muy parecido en Romanos: "¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán incomprensibles son sus juicios, e inescrutables sus caminos!" (Romanos 11:33) Aunque en ocasiones el Señor nos enseña las razones de las cosas que El hace, hay muchas otras ocasiones cuando simplemente no podemos entender sus caminos.

Al enfatizar cuán poco el creyente conoce de Dios, no estamos sugiriendo que sea imposible conocerlo. Tampoco estamos subestimando la revelación tremenda que Dios ha dado a través de su Hijo. En muchas diferentes maneras Dios ha revelado muchísimo acerca de sí misma. El punto que estamos enfatizando es simplemente que somos incapaces de entender plenamente aún lo que Dios ha revelado. Debemos estar agradecidos por todo lo que sabemos de Dios, pero entre más que sabemos, más nos sentimos humillados por lo poco que realmente sabemos.

Hay dos cosas que nunca debemos olvidar

Primero, nunca debemos olvidar el propósito que Dios tiene de revelarse a sí mismo. No es para descubrir su gloria esencial de modo que le veamos tal como es. Más bien, El simplemente revela suficiente conocimiento de sí mismo para que tengamos fe en El y para que confiemos, le amemos y le obedezcamos. Este es todo el conocimiento necesario y suficiente para nosotros en este estado presente. Sin embargo, en el estado futuro El hará una revelación nueva de sí mismo y entonces, todo lo que sabemos ahora nos parecerá como la sombra de aquella nueva revelación.

Segundo, nunca debemos olvidar cuán insensibles y lentos de corazón somos para recibir todo lo que la palabra de Dios quiere enseñarnos acerca de El. A pesar de la clara revelación que Dios nos ha dado, todavía sabemos muy poco de ella.

Mientras que usted piense acerca de la grandeza de Dios y cuán poco usted conoce de El, ore para que éste sea un medio para humillarle. Quiera Dios llenar continuamente su alma

con un santo temor de El, para que los deseos pecaminosos nunca puedan prosperar y florecer en su alma.

CAPITULO 12: ¡CUÍDESE DE SU CORAZÓN ENGAÑOSO!

Regla 9: Cuídese de su engañoso corazón

La palabra de Dios nos dice claramente que "engañoso es el corazón más que todas las cosas y perverso" (jer.17:9) y muchas experiencias amargas confirman esto. Con esta novena regla estamos pensando en una forma específica de autoengaño, es decir, de como una paz falsa nos puede engañar.

La regla para prevenir que seamos engañados por una paz falsa es la siguiente: Tenga cuidado de no suponer que tiene paz antes de que Dios pronuncie su veredicto (muchos fabrican para sí mismos una paz falsa). Su conciencia es la voz de Dios: Escuche lo que ella le dice. Cuando usted peque o este consiente del poder de alguna concupiscencia o tentación, su conciencia le inquietará. Este es el método que Dios usa para advertirle del peligro. Dios es el que está perturbando su paz. Dios está inquietando su alma a fin de que usted se vuelva a El y le pida que conceda la paz a su alma. Cuando Dios le inquieta en esta forma, su peligro más grande es el de tratar de crear una paz falsa en su alma. En el tiempo de Jeremías, los falsos profetas eran culpables de haber proclamado una paz falsa. Dios habla de ellos en las siguiente manera: "Curan la herida de mi pueblo con liviandad, diciendo: 'Paz, paz; y no hay paz". (Jer.6: 14) Usted debería tener cuidado de no hablar como un profeta falso a su propia alma diciéndole, "paz, paz", cuando Dios misma no ha dado esa paz.

Cinco maneras para distinguir la diferencia entre la paz que Dios da y la paz falsa que puede darse usted mismo:

1. **Cualquier paz que no traiga consigo un aborrecimiento hacia el pecado que ha turbado su alma es una paz falsa.** La paz que Dios proclama al alma siempre trae consigo una conciencia de vergüenza y un deseo santo de mortificar los deseos pecaminosos. Cuando usted acude a Cristo para aliviar sus heridas, su fe descansa en un Salvador traspasado y herido. Ahora, si usted hace esto con la ayuda del Espíritu Santo, le será dado un aborrecimiento hacia el pecado que ha turbado su paz. Cuando Dios pronuncia la paz, el alma se llenará de vergüenza por todas las

formas en que el pecado ha afectado nuestra relación para con El. (Ez.16:59-63) Es posible que seamos inquietados debido a las consecuencias del pecado, sin que aborrezcamos al pecado mismo. En su inquietud, usted puede estar buscando la misericordia de Cristo y al mismo tiempo, estar cobijando el pecado que usted ama. Esta forma de buscar la misericordia jamás traerá una sólida y verdadera paz. Por ejemplo, supongamos que su conciencia le convence de que ha amado al mundo. Las palabras de 1 Juan 2: 15 turban su paz: "No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él". En su turbación, usted se vuelve a Dios para que le perdone, pero usted está más preocupado acerca de las consecuencias de su amor hacia el mundo, que por el pecado de haberlo amado. ¡Esta es una mala señal! Quizás usted será salvo, pero a menos que Dios haga lo necesario para que usted realmente odie su pecado, nunca tendrá paz en esta vida.

2. **Cualquier paz que no sea acompañada por una convicción de pecado, de justicia y de juicio (vea Jn.16:8) es una paz falsa.** Cuando Dios pronuncia la paz, nunca lo hace en "palabra solamente", sino que siempre viene acompañada por el poder del Espíritu Santo. (Vea 1 Tes.1:5.) La paz de Dios, efectivamente sana la herida. Cuando nosotros fabricamos una paz falsa, no tardará mucho sin que el pecado que perturba nuestra alma, brote nuevamente. Como regla general, Dios quiere que sus hijos esperen hasta que El mismo les comunique su paz. Como el profeta Isaías dice: "Esperaré pues á Jehová, el cual escondió su rostro de la casa de Jacob, y á él aguardaré. " (Isaías 8: 17) Dios puede sanar la herida del pecado en un instante. Sin embargo, en ocasiones como un médico, se tarda para limpiar cuidadosamente la herida, para que cicatrice adecuadamente. Todos aquellos que fabrican su propia paz no tienen tiempo de esperar para que Dios haga cabalmente su obra. Tal persona acude a Dios aprisa y supone que recibió la paz tan pronto como la pidió. No hay ninguna espera para que el Espíritu de Dios sane adecuadamente la herida del pecado. La paz de Dios endulza el corazón y da gozo al alma. Cuando Dios da paz, sus palabras no solamente son veraces, sino que también hacen bien al alma. "¿No hacen mis palabras bien?" (Miq.2:7) Cuando Dios habla paz, guía y preserva el alma para que no se vuelva a la locura: "Escucharé lo que hablará el Dios Jehová: Porque hablará paz á su pueblo y á sus santos, Para que no

se vuelvan á la locura." (Salmo 85:8) Cuando una persona fabrica' su propia paz, su corazón no es sanado del pecado y entonces continúa en un estado de retroceso. Por otra parte, cuando Dios pronuncia la paz, ésta viene acompañada por una consciencia tan fuerte de su amor, que el alma se siente obligada a mortificar los deseos pecaminosos.

3. **Cualquier paz que trata con el pecado en una forma superficial es una paz falsa.** Como señalamos anteriormente, ésta es la queja que Jeremías hizo respecto a los profetas falsos en su tiempo. "Paz, paz" decían ellos, cuando "no había paz" (Jer.6: 14). En la misma manera, algunas personas hacen que la sanidad de sus heridas pecaminosas sean una obra fácil. Ellos se fijan en alguna promesa de la Escritura y piensan que son sanados. Pero, una promesa de la Escritura puede hacer bien solamente cuando es mezclada con la fe (Heb.4:2). No es una mirada superficial hacia la palabra de misericordia, o hacia alguna promesa lo que trae la paz. Es necesario mezclar la promesa con fe y aplicarla a nuestro propio caso. De lo contrario, nos encontraremos fabricando una paz falsa. En tal caso, no pasará mucho tiempo sin que su herida se abra nuevamente y entonces sabrá que aún no ha sido sanado.
4. **Cualquier paz que trata con el pecado en forma parcial es una paz falsa.** El creyente sincero no buscará simplemente estar en paz respecto a los deseos pecaminosos más inquietantes o escandalosos. Si tratamos solamente con los pecados que nos inquietan mucho, pero no con aquellos que casi no nos inquietan, entonces estamos tratando con el pecado a medias. Cualquier paz que pudiéramos recibir tratando con el pecado en esta manera, es falsa. Podemos esperar la paz de Dios solamente cuando respetemos por igual todos sus mandamientos. Dios nos justifica de todos nuestros pecados, Dios nos manda mortificar igualmente, todos nuestros pecados. "Muy limpio eres de ojos para ver el mal..." (Habacuc 1: 13)
5. **La paz de Dios es una paz que humilla, tal como lo vemos en el caso de David en Salmo 51:1:** Piense en la profunda humillación que David sintió cuando Natán le habló la palabra de Dios respecto a su perdón (2 Sam.12: 13). En resumen: Si usted quiere estar seguro de la paz de Dios, aprenda a caminar en la comunión íntima con su Salvador. Jesús nos dice, "Mis ovejas oyen mi voz". Mientras que aprendemos a tener comunión con nuestro salvador, aprenderemos a distinguir entre

su voz y la voz de los extraños. Cuando El habla, lo hace como ningún otro hombre, porque habla con poder. Cuando Jesús habla, de alguna manera hará que su corazón arda dentro de usted tal como lo hizo con los discípulos en el camino a Emaús (Luc.24:32). La otra evidencia principal de que el Señor ha pronunciado paz al alma es el bien que produce. Sabemos que el Señor ha pronunciado la paz cuando el resultado es una persona más humilde. Sabemos que el Señor ha pronunciado paz cuando los deseos pecaminosos han sido verdaderamente debilitados, cuando las promesas de paz le conducen a amar a Dios y a purificar su alma. Sabemos que el Señor ha pronunciado paz cuando hay una verdadera tristeza por el pecado. Cuando hay una obediencia amorosa y un intento de mortificar el egoísmo o el amor propio, entonces podemos decir que el Señor ha pronunciado paz.

CAPITULO 11: INSTRUCCIONES FINALES

Desde el capítulo nueve hemos estado tratando con la manera de preparar el corazón para la obra de la mortificación del pecado. En este capítulo final, concentraremos nuestra atención en la obra misma. Hay dos aspectos de esta obra:

1. La obra específica que el creyente es responsable de realizar.
2. La obra que solamente el Espíritu de Dios puede realizar.

Primero, la obra específica que el creyente es responsable de realizar

Esta obra puede ser resumida como la fe del creyente en el poder y la autoridad de Cristo para matar su pecado. Para ser específico, la fe debe creer en la sangre de Cristo como el único remedio eficaz para las almas enfermas de pecado. Si usted ejerce constantemente su fe en este remedio eficaz, vivirá y morirá como un vencedor. Pero aún más que esto, por la providencia de Dios usted vivirá para ver sus deseos pecaminosos muertos (vencidos) a sus pies.

1. Algunas instrucciones para el ejercicio de esta fe:

- a. **Una fe que confía en Cristo, proveerá todo lo necesario para mortificar sus deseos pecaminosos.** Enfoque su fe sobre esta verdad maravillosa y medite sobre ella continuamente. Por una parte, es cierto que en su propia fortaleza usted nunca conquistará estos poderosos deseos pecaminosos. Pudiera ser que usted ya ha tratado y fallado tan frecuentemente y se halle tan cansado de la batalla, que esté listo para darse por vencido. Sin embargo, debería enfocar su fe hacia aquel que tiene el poder de capacitarle para triunfar en su fortaleza. Usted puede participar de la afirmación confiada del apóstol Pablo, "todo lo puedo en Cristo que me fortalece. " (Fil.4: 13) No importa cuán poderosos e ingobernables sean sus deseos pecaminosos, enfoque su mente sobre la plenitud de gracia en Cristo. Ponga su mente sobre los tesoros de fortaleza, fuerza y ayuda que están en Cristo para su socorro. (Vea Jn.1: 16, Col. 1 : 19.) Permita que tales pensamientos llenen continuamente su mente. Piense en Jesús como aquel que ha sido exaltado

como Príncipe y Salvador para dar arrepentimiento a Israel (Hech.S:31). El arrepentimiento que El da incluye la gracia de la mortificación (es decir, incluye el poder para sujetar sus deseos pecaminosos y mortificados). Otra vez, piense en la gracia que Cristo da a los creyentes que permanecen en El (Jn.15: 1-5). Permita que su fe se apoye en pensamientos como los siguientes: "Soy una pobre criatura, débil e inestable". Mis deseos pecaminosos me son demasiado fuertes. Estoy en peligro de ser arruinado por ellos y no sé que hacer. He roto con todas mis resoluciones y promesas de mortificar mis pecados. Yo sé de mi propia experiencia amarga, que no tengo la fortaleza para vencerlos. Puedo ver que si el poder omnipotente de Dios no me ayuda, estaré perdido. Miro al Señor Jesucristo y veo en El una plenitud de gracia y poder para mortificar estos enemigos míos. Veo en Cristo una provisión suficiente para ayudarme a vencer a todos mis enemigos interiores (es decir, mis deseos pecaminosos). Medite en pasajes como Isa.35:1-7 y 40:27-31. Crea con el apóstol Pablo que hay suficiente gracia en El para mortificar todos los deseos pecaminosos. "Y me ha dicho: Bástate mi gracia; porque mi potencia en la flaqueza se perfecciona. Por tanto, de buena gana me gloriaré más bien en mis flaquezas, porque habite en mí la potencia de Cristo. "(2 Corintios 12: 9) Aunque usted no disfrute de la victoria en cada conflicto, continúe confiando en los recursos de Cristo, los cuales le darán la victoria final.

- b. Anime su corazón a que espere la ayuda de Cristo a través de la fe.** Esta instrucción nos lleva a una etapa más avanzada que la primera. Nos conduce del simple creer que Cristo puede ayudarnos, a creer que nos ayudará. La fe sigue esperando por una liberación real. La fe espera que el Señor vendrá y ayudará. Aunque parezca que la liberación o la ayuda tarde en llegar, la fe continuará esperando por ella.

2. Algunos pensamientos para promover una fe expectante en su corazón:

- a.** Piense mucho acerca de Cristo como su sumo sacerdote celestial. Piense acerca de su naturaleza tierna, misericordiosa y bondadosa. Asegúrese de que El se compadezca de usted en su angustia. Recuerde que su sumo sacerdote tiene la ternura de una madre hacia su hijo recién nacido. (Vea

Isa.66: 13.) Recuerde el gran propósito de Jesús en participar de nuestra naturaleza humana. "Por lo cual, debía ser en todo semejante á los hermanos, para venir á ser misericordioso y fiel Pontífice en lo que es para con Dios, para expiar los pecados del pueblo. Porque en cuanto él mismo padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer á los que son tentados." (Hebreos 2: 17-18) Eche mano de la promesa maravillosa de Heb.4:15-16, "Porque no tenemos un Pontífice que no se pueda compadecer de nuestras flaquezas; mas tentado en todo según nuestra semejanza pero sin pecado. Lleguémonos pues confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia, y hallar gracia para el oportuno socorro". Usted necesita ayuda especial y Dios tiene a su Hijo sentado sobre "un trono de gracia". Dios le invita a acercarse confiadamente al trono de esa gracia para que obtenga misericordia y gracia en el tiempo de la necesidad.

- b. **Piense mucho acerca de la fidelidad de las promesas de Dios.** Dios ha hecho muchas promesas en las cuales usted puede confiar. Dios nos dice que su pacto para con nosotros es como el sol, la luna y las estrellas que tienen su curso determinado. (Vea Jeremías 31:35 – 36) Fije su esperanza en las promesas específicas respecto al propósito de la obra de Cristo, por ejemplo: "El salvará a su pueblo de sus pecados" (Mat. 1:21). "Para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo. " (1 Jn.3:8) "Porque el pecado no se enseñoreará de vosotros; pues no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia. " (Romanos 6: 14) Esté seguro de que estas promesas no pueden fallar. Usted puede depender de la fidelidad de Dios.
- c. **Medite sobre las ventajas que usted recibirá esperando la ayuda que vendrá de Cristo Jesús.** Hay dos ventajas principales:
 - i. **Esperando tal ayuda honramos a Cristo por nuestra confianza en El y nuestra dependencia de El.** Siempre cuando el creyente honra a Cristo de esta manera, puede estar seguro de que su fe en Cristo no será decepcionada. El Salmista nos dice: "Y en ti confiarán los que conocen tu nombre; Por cuanto tú, oh Jehová, no desamparaste á los que te buscaron." (Salmos 9:10) Usted puede

estar seguro de que si su confianza es puesta en Cristo, El no le fallará.

- ii. **Si realmente esperamos que esta ayuda vendrá de Cristo, entonces acudiremos a todos los medios que traerán esta ayuda.** Si usted fuera un mendigo y creyera que cierto hombre le pudiera ayudar, entonces usted haría todo lo posible para llamar la atención de este hombre hacia su necesidad. Si este hombre le promete ayuda y dice que le ayudará, entonces usted hará lo que él le indique. En la misma manera, usted usará los medios que le darán ayuda: La oración, la meditación en la palabra de Dios, el compañerismo con el pueblo de Dios, etc.
- d. **Enfoque su fe especialmente en la muerte de Cristo.** La razón principal para mortificar sus pecados es la muerte De Cristo. El gran propósito de la muerte de Cristo fue para destruir las obras del diablo. "Que se dio á sí mismo por nosotros para redimimos de toda iniquidad, y limpiar para sí un pueblo pro pío, celoso de buenas obras." (Tito 2: 14) El murió para libramos del poder dominante de nuestros pecados y purificamos de todas las concupiscencias que nos envilecían. Enfoque su fe en Cristo, tal como El es exhibido en el evangelio, como muriendo crucificado por nosotros. Mire hacia El mientras que El ora, sangra y muere bajo la culpa de sus pecados. Por medio de la fe traiga a este salvador crucificado a vivir en su corazón (Ef.3: 17). Por la fe, aplique su sangre a todos sus deseos pecaminosos y haga esto cotidianamente.

Segundo, la obra que solamente el Espíritu de Dios puede realizar

La obra de mortificar el pecado es posible y puede ser realizada solamente en el poder del Espíritu Santo. A menos que El Espíritu Santo nos fortalezca, trabajaremos en vano. Ahora, consideraremos lo que el Espíritu Santo hace para que nuestra obra de la mortificación tenga éxito:

1. **Solamente el Espíritu puede convencerle clara y completamente de la maldad, la culpa y el peligro de sus deseos pecaminosos.** Hasta que esta obra sea realizada,

usted no podrá hacer ningún avance en la mortificación de sus pecados. Esta es la primera cosa que el Espíritu hace; El convence el alma de toda la maldad, la culpa y el peligro de cada deseo pecaminoso. El Espíritu Santo obra hasta que el corazón confiese su maldad y anhele la liberación. A menos que el Espíritu haga esta gran obra, ninguna de las obras subsecuentes puede ser realizada.

2. **Solamente el Espíritu es capaz de revelarle la plenitud de Cristo para suplir su necesidad.** Hasta que el Espíritu haga esto, usted no tendrá nada para impedir que su corazón busque un remedio falso para tratar con su pecado, o para impedir que usted sea conducido a la angustia y la desesperación. (Vea 2 Cor.2:7-8.)
3. **Solamente el espíritu es capaz de asegurarle que Cristo vendrá para ayudarle y solamente el espíritu le capacitará para esperar pacientemente en fe, hasta que El lo haga.**
4. **Es por el Espíritu que somos bautizados en la muerte de Cristo.** (Es decir, unidos con Cristo en su muerte.) Es el Espíritu quien trajo la cruz (es decir, la obra salvadora de Cristo) de Cristo a su corazón con todo su poder, para matar el pecado. Es solamente El quien continúa aplicando este poderoso remedio a nuestros corazones.
5. **El Espíritu es el iniciador y consumidor de nuestra santificación.** Es el Espíritu Santo quien da nuevos suministros e influencias de gracia para santificamos y debilitar el poder de nuestros deseos pecaminosos.
6. **Es el Espíritu quien continuamente le apoya mientras que usted busca la ayuda de Dios para vencer sus deseos pecaminosos.** El es el "Espíritu de suplicación" prometido a todos aquellos que miran a "aquel que traspasaron" (Zac.12: 10). El mismo "intercede por nosotros con gemidos indecibles" (Rom.8:26).

Contenido

CAPÍTULO 1: LA PROMESA DE DIOS Y EL DEBER DEL CREYENTE	3
Primeramente, el texto comienza con la palabra "si"	3
Segundo, la palabra "vosotros" nos dice a quienes este deber y promesa tiene aplicación.....	4
Tercero, la frase " por el Espíritu" se refiere a la causa principal o el medio para llevar a cabo este deber.....	5
Cuarto, la frase "mortificar las obras de la carne" nos habla del deber que debemos cumplir.	5
Finalmente, la frase "viviréis" es una promesa dada a los creyentes para animarlos a cumplir su deber	7
CAPÍTULO 2: EL PERPETUO DEBER DE CADA CREYENTE.....	8
Mientras que estemos vivos, los restos del pecado vivirán en nosotros.....	8
Los restos del pecado en nosotros son constantemente activos mientras que vivamos, y están luchando continuamente para producir actos pecaminosos.....	9
Si el pecado no es frenado, si no es continuamente mortificado, entonces producirá pecados dominantes y escandalosos que dañarán nuestra vida espiritual.....	10
Dios nos ha dado su Espíritu Santo y una naturaleza nueva para que tengamos los medios necesarios para oponernos al pecado y sus deseos malvados.....	10
El descuido de este deber conduce al decaimiento de la gracia en el alma y al florecimiento de la naturaleza pecaminosa.....	11
Sin el cumplimiento de este deber, los demás deberes de la vida cristiana no pueden ser cumplidos.	11
Antes de continuar con el siguiente capítulo de este estudio, será de ayuda hacer dos cosas:.....	12
CAPÍTULO 3: LA OBRA DEL ESPÍRITU SANTO EN LA MORTIFICACIÓN DEL PECADO	15
Es en vano buscar apoyo en algún otro remedio que no sea el Espíritu Santo.....	15
La mortificación del pecado es la obra del Espíritu Santo.	17
CAPITULO 4: EL VALOR DE LA MORTIFICACIÓN	20
Introduciremos esta verdad explicando dos cosas que la mortificación no significa:	20
Ahora, consideremos lo que esta verdad significa en sentido positivo:	20

Una explicación negativa: En el resto de este capítulo explicaremos cinco cosas las cuales la mortificación no significa, y en el próximo capítulo explicaremos tres cosas las cuales sí significa.....	21
CAPITULO 5: UNA EXPLICACIÓN POSITIVA DE LA MORTIFICACIÓN	25
Un debilitamiento habitual de los deseos pecaminosos	25
Una lucha y un combate continuo contra el pecado	27
El éxito en nuestra oposición y conflicto contra pecado que todavía mora en nosotros	28
CAPÍTULO 6: REGLAS GENERALES PARA LA PRÁCTICA DE LA MORTIFICACIÓN	29
Solamente un creyente, es decir, una persona que está verdaderamente unida con Cristo es capaz de mortificar el pecado.....	29
Conclusión.....	31
Asegúrese de estar unido a Cristo por la fe, porque si usted intenta mortificar cualquier pecado sin esta unión, no tendrá éxito.....	31
CAPÍTULO 7: LA SEGUNDA REGLA GENERAL DE LA MORTIFICACIÓN	33
Usted no podrá mortificar ningún pecado, a menos que sincera y diligentemente intente tratar con todo pecado	33
Conclusión a esta sección.....	35
CAPÍTULO 8: LA PRIMERA REGLA PARTICULAR PARA LA MORTIFICACIÓN	36
Necesitamos un diagnóstico cuidadoso del deseo pecaminoso que será mortificado	36
Una palabra de advertencia	40
CAPITULO 9: LA SEGUNDA REGLA PARTICULAR PARA LA MORTIFICACIÓN.....	42
La culpa de su deseo pecaminoso	42
El peligro de sus deseos pecaminosos.....	44
La maldad de su concupiscencia	46
CAPITULO 10: CINCO REGLAS PARTICULARES ADICIONALES PARA LA MORTIFICACIÓN	48
Regla 3: Inquiete su conciencia con la culpa de sus deseos pecaminosos.	48
Regla 4: Esfuércese para desarrollar un anhelo continuo por la liberación del poder de sus deseos pecaminosos	50

Regla 5: Aprenda a reconocer que algunos de sus deseos pecaminosos están arraigados en su propia naturaleza	51
Regla 6: Vele y guarde su alma contra todas las cosas que usted conoce que estimularían sus deseos pecaminosos	51
Regla 7: Pelee con sus deseos pecaminosos tan pronto como comiencen	52
CAPÍTULO 11: MEDITANDO SOBRE LA EXCELENTE MAJESTAD DE DIOS	53
Regla 8: Medite sobre la excelente majestad de Dios.	53
Hay dos cosas que nunca debemos olvidar	55
CAPITULO 12: ¡CÚÍDESE DE SU CORAZÓN ENGAÑOSO!	57
Regla 9: Cuídese de su engañoso corazón.....	57
CAPITULO 11: INSTRUCCIONES FINALES	61
Primero, la obra específica que el creyente es responsable de realizar	61
Segundo, la obra que solamente el Espíritu de Dios puede realizar	64

DIGITALIZADO POR ABEL RAUL TEC KUMUL EL 25-12-07